Liahona

Mayo de 1981 · Número 5 · Año 27

zza e la saggezza ovunque si trovino

M205.5
L696SSP
V.27
1981

Liahona

Publicación de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días

Mayo de 1981
Número 5
Año 27

La Primera Presidencia: Spencer W. Kimball, N. Eldon Tanner, Marion G. Romney.

Consejo de los Doce: Ezra Taft Benson, Mark E. Petersen, LeGrand Richards, Howard W. Hunter, Gordon B. Hinckley, Thomas S. Monson, Boyd K. Packer, Marvin J. Ashton, Bruce R. McConkie, L. Tom Perry, David B. Haight, James E. Faust.

Comité Asesor: M. Russell Ballard, Jr., Rex D. Pinegar, Charles Didier, George P. Lee, F. Enzio Busche.

Revistas Internacionales: Larry Hiller, Editor gerente; Carol Larsen, Ayudante; Heidi Holfeltz, Sección niños.

Editora responsable de Liahona: Raquel R. V. Tokarz. **Para España:** Betty Ventura.

Corresponsales: Misión de Madrid: San Telmo 26, Madrid 16;
Misión de Sevilla, Virgen de Regla 6, 1º, Iz., Sevilla 6;
para la Misión de Barcelona, Betty Ventura, Mariano Cubí 5, 1º, 1ª, Barcelona 6.

Indice

Articulos de interes general

La voz del Espíritu, *Marion G. Romney* 1
Cómo obtener revelación personal, *Bruce R. McConkie* 4
Esperé cuarenta años para ser bautizada, *Bessie Leeper Yoakum* 10
Expliquemos la muerte a los niños, *Jon M. Taylor* 13
Comentémoslo: Sugerencias para las presentaciones de la noche de hogar 16

Sección para los jovenes

El hogar eres tú (poesía), *Olivia Rojas O.* 20
1.450 kilómetros descalzo, *Hal Knight* 21
Un cuaderno de apuntes . . . o como se llame, *Janet Brigham* 25
Laberintos, *Maxwell T. Stone* 28
El mandamiento firme y dulce, *Neal A. Maxwell* 30

Noticias de la Iglesia 36

Sección para los niños

Wilford Woodruff 1807-1898 1
Aferraos a la barra de hierro, *F. Burton Howard* 2
El campeón de las canicas, *Laurie J. Wilson* 5

Para subscribirse: Solicite su subscripción al representante de la Liahona en la rama donde resida, o a la Oficina Regional de Madrid. El precio de la subscripción es de 456 pesetas anuales o 38 pesetas cada mes.

© 1981 by the Corporation of the President of The Church of Jesus Christ of Latter-day Saints. All rights reserved.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días, Sierra de Guadarrama s/nº, Poligono Industrial, San Fernando de Henares (Madrid), España.

Printed in the Federal Republic of Germany

PBMA 0573 SP

La voz del Espíritu

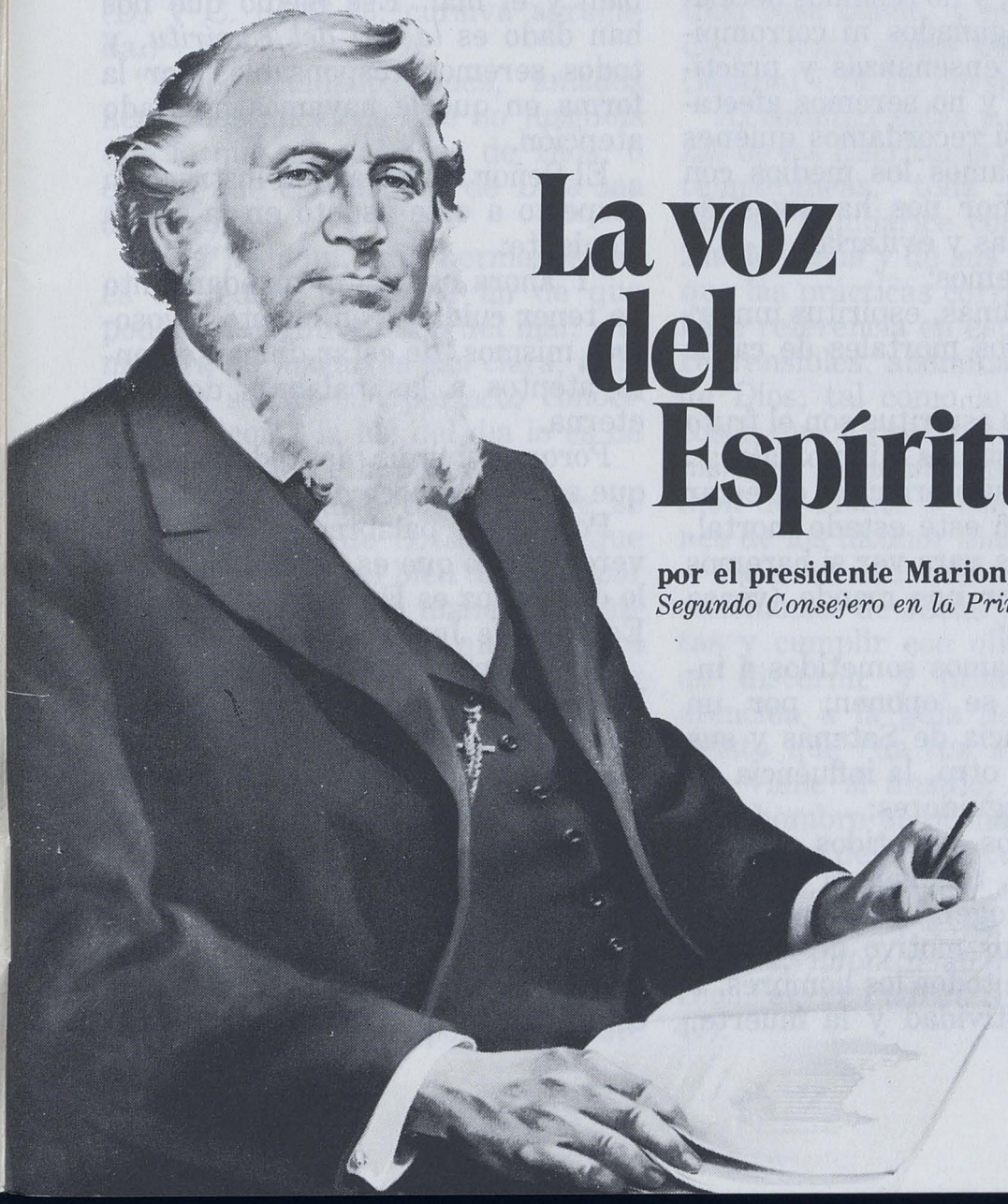
por el presidente Marion G. Romney
Segundo Consejero en la Primera Presidencia

En cierta ocasión el presidente Brigham Young dijo: "En los comienzos de la Iglesia me fue revelado que ésta se expandiría, prosperaría, crecería y se extendería y que el poder de Satanás crecería en proporción directa a la expansión del evangelio entre las naciones de la tierra" (*Discourses of Brigham Young*, Salt Lake City: Deseret Book Co., 1954, pág. 72).

En el presente somos testigos del cumplimiento de esta predicción.

El hecho de que en 1938 hubiera en la Iglesia 126 estacas, 36 misiones y 784.764 miembros, y que a fines de 1977 hubiera 885 estacas, 158 misiones y cerca de 4.000.000 de miembros, es prueba concluyente de que la Iglesia se ha expandido, ha prosperado y ha crecido durante los últimos cuarenta años.

En cumplimiento de la declaración del presidente Young, de que el poder de Satanás crecería en igual forma, vemos en todas partes evidencias de sus frenéticos esfuer-



zos por obstaculizar el cumplimiento de la misión de la Iglesia.

Entre sus armas más eficaces encontramos la pornografía, las perversiones, la prostitución de los poderes procreadores, y todo otro tipo de prácticas impías e inmorales. Prácticas que desde tiempo inmemorial han sido consideradas censurables, inmorales, degradantes, e ilegales en algunos casos, y que destruyen el alma ahora como siempre la han destruido, se defienden y toleran ampliamente en la actualidad, como aceptables en nuestra sociedad en decadencia.

No debemos, y no tenemos necesidad de ser engañados ni corrompidos por estas enseñanzas y prácticas diabólicas; y no seremos afectados por ellas si recordamos quiénes somos y si usamos los medios con los que el Señor nos ha investido para discernirlas y evitarlas.

Nunca olvidemos:

que somos almas, espíritus inmortales en cuerpos mortales de carne y huesos;

que nuestros espíritus son el fruto de padres celestiales e inmortales;

que el propósito principal de estar en la tierra, en este estado mortal, es ser probados para ver si haremos lo que el Señor nos mande (véase Abraham 3:25);

que aquí estamos sometidos a influencias que se oponen: por un lado, la influencia de Satanás y sus huestes, y por otro, la influencia de Cristo y sus seguidores;

que al vernos sometidos a estas dos influencias, tenemos el libre albedrío de "escoger la libertad y la vida eterna, por motivo de la gran mediación para todos los hombres, o escoger la cautividad y la muerte, según la cautividad y el poder del diablo" (2 Nefi 2:27).

Es importante que recordemos que la elección que hagamos al decidir qué es bueno y qué es malo es la decisión más importante que tomaremos y que nuestra felicidad o miseria, temporal o eterna, dependen de ella.

Es obvio, a la vez que justo, que Dios, nuestro Padre Celestial y su Amado Hijo Jesucristo, nuestro Redentor, no nos hubieran puesto en esta posición en la que tanto depende de lo que escojamos, sin darnos el medio para distinguir entre el bien y el mal. Ese medio que nos han dado es *la voz del Espíritu*, y todos seremos responsables por la forma en que le hayamos prestado atención.

El Señor ha impartido instrucción respecto a este asunto en la forma siguiente:

"Y ahora os doy el mandamiento de tener cuidado, en cuanto a vosotros mismos, de estar diligentemente atentos a las palabras de vida eterna.

Porque viviréis de toda palabra que sale de la boca de Dios.

Porque la palabra del Señor es verdad, y lo que es verdad es luz, y lo que es luz es Espíritu, a saber, el Espíritu de Jesucristo.

Y el Espíritu da luz a todo hombre que viene al mundo; y el Espíritu ilumina a todo hombre en el mundo que escucha *la voz del Espíritu*.

Y todo aquel que escucha *la voz del Espíritu*, viene a Dios, sí, el Padre.

Y el Padre le enseña concerniente al convenio que él ha renovado y confirmado sobre vosotros, el cual os es confirmado por vuestra causa; y no

sólo por causa de vosotros, sino del mundo entero.

Y todo el mundo yace en el pecado, y gime bajo la obscuridad y la servidumbre del pecado.

Y por esto podréis saber que están bajo la servidumbre del pecado, porque no vienen a mí.

Porque quien no viene a mí está bajo la servidumbre del pecado.

Y el que no recibe mi voz no conoce mi voz, y no es mío.

Y de esta manera podréis discernir a los justos de los inicuos, y que el mundo entero gime bajo el pecado y la obscuridad ahora mismo." (D. y C. 84:43-53; cursiva agregada.)

"Tened cuidado, pues, amados hermanos míos, de que no juzguéis que lo que es malo sea de Dios, o que lo que es bueno y de Dios sea del diablo.

Pues he aquí, mis hermanos, os es concedido juzgar, a fin de que podáis discernir el bien del mal; y la manera de juzgar es tan clara, a fin de que sepáis con perfecto conocimiento, como la luz del día lo es de la obscuridad de la noche.

Pues he aquí, a todo hombre se da *el Espíritu de Cristo* para que pueda distinguir el bien del mal; por tanto, os muestro la manera de juzgar; porque toda cosa que invita a hacer lo bueno, y persuade a creer en Cristo, es enviada por el poder y el don de Cristo, por lo que podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es de Dios.

Pero cualquier cosa que persuade a los hombres a hacer lo malo, y a no creer en Cristo, y a negarlo, y a no servir a Dios, entonces podréis saber, con un conocimiento perfecto, que es del diablo; porque de este modo es como obra el diablo, porque él no persuade a ningún hombre a hacer lo bueno, no, ni a uno solo; ni lo hacen sus ángeles; ni los que a él se sujetan.

Ahora bien, mis hermanos, en vista de que conocéis la luz por la cual podéis juzgar, la cual es la luz de Cristo, cuidaos de juzgar equivocadamente; porque con el mismo juicio con que juzguéis, seréis también juzgados.

Por tanto, os suplico, hermanos, que busquéis diligentemente en la luz de Cristo, para que podáis distinguir el bien del mal; y si recogéis toda cosa buena, y no la condenáis, ciertamente seréis hijos de Cristo." (Moroni 7:14-19; cursiva agregada.)

Al estudiar éstas y otras enseñanzas de las Escrituras antiguas y contemporáneas, toda alma honesta que se familiarice con las enseñanzas de Jesús y de sus profetas sabrá que las prácticas corruptas a que se hace referencia en este mensaje son reprensibles, abominables a la vista de Dios, tal como lo son todas las cosas que no están en armonía con los Diez Mandamientos, con el Sermón del Monte y con las revelaciones de los últimos días.

La salvación está en conocer las enseñanzas de Jesús y de sus profetas y cumplir con ellas, y también en discernir y prestar cuidadosa atención a la guía del Espíritu de Cristo que "da luz a todo hombre que viene al mundo; . . . ilumina a todo hombre en el mundo que escucha la voz del Espíritu.

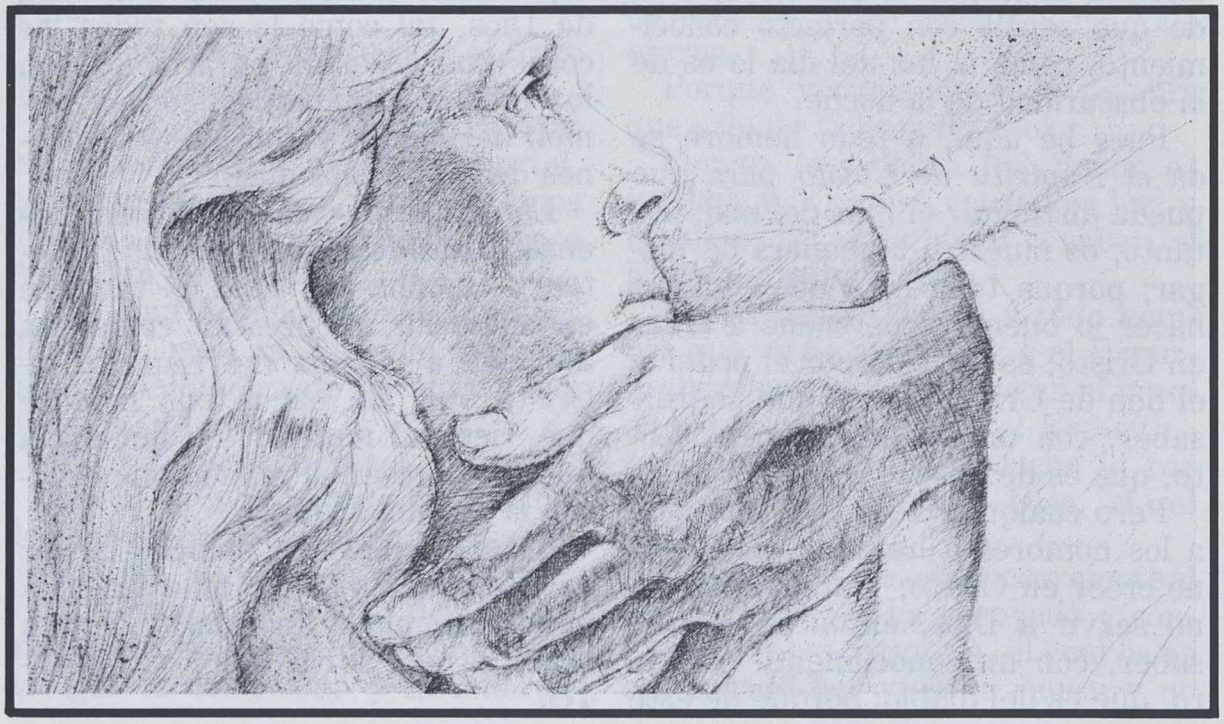
Y todo aquel que escucha la voz del Espíritu" y evita toda práctica impura, impía o anormal, "viene a Dios, sí, el Padre" (D. y C. 84:46-47).

Cómo obtener revelación personal

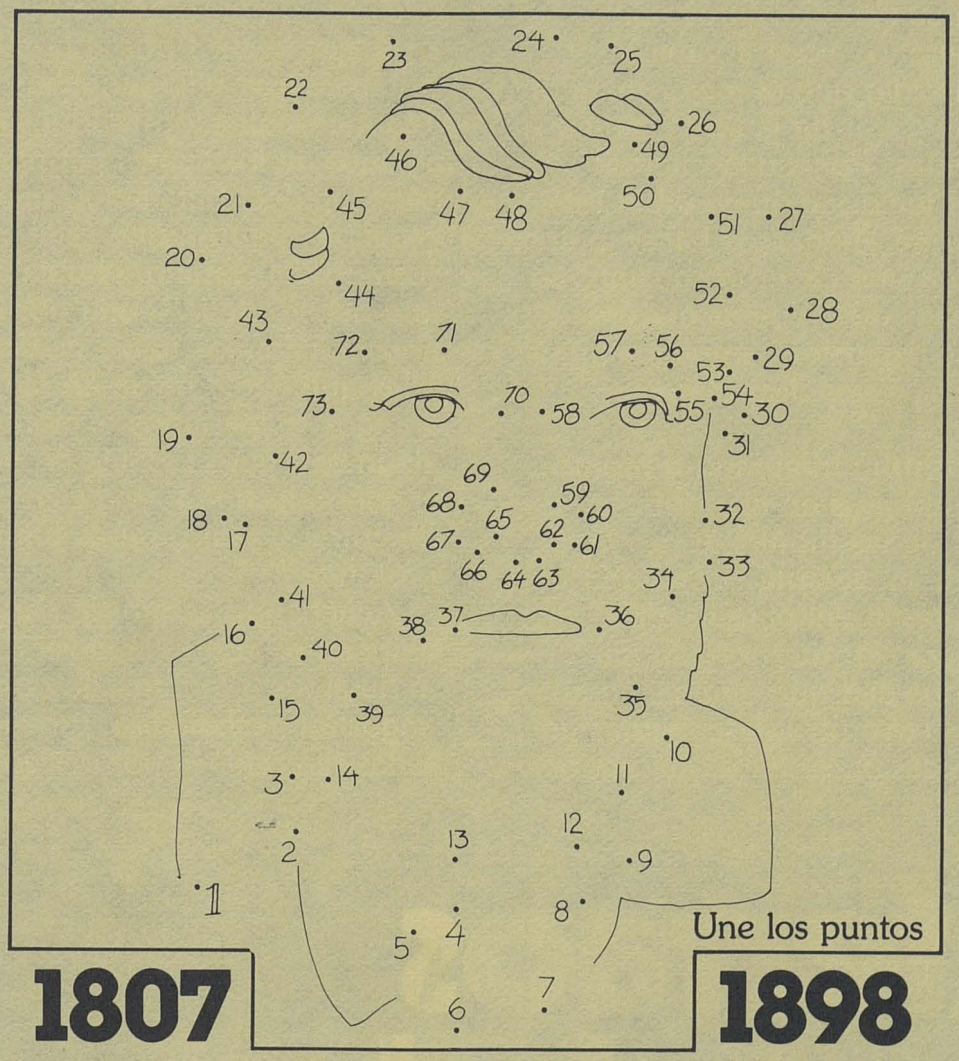
por el élder Bruce R. McConkie
del Consejo de los Doce

Deseo referirme a algunas realidades espirituales y tratar en cuanto a lo que tenemos que hacer para obrar nuestra salvación (véase Filipenses 2:12) y ser miembros dignos del reino de Dios en esta vida, a fin de calificarnos para obtener nuestra recompensa eterna en la vida venidera. Deseo hablar respecto a la revelación personal, la forma en la que cada miembro de la Iglesia puede llegar a conocer la divinidad de la obra y la forma en la que puede sentir la voz del Espíritu en su corazón y alma; y, además, cómo puede ver visiones, hablar con los ángeles, ver el rostro del Señor y recibir todo el conocimiento y la sabiduría que han sido derramados sobre los fieles en todas las épocas.

Nosotros, los mormones, tenemos



WILFORD WOODRUFF



1807 **1898**

La vida del cuarto Presidente de la Iglesia, Wilford Woodruff, se caracterizó por penurias, situaciones que pusieron su vida en peligro, y también por la forma valiente en que desempeñó su papel de líder.

A los tres años de edad cayó dentro de un caldero de agua hirviente. Pocos años después, mientras se encontraba alimentando el ganado de su padre, lo acorneó un toro enfurecido, lo cual casi le provocó la muerte. En su juventud estuvo a punto de ser aplastado por un árbol; y en ese accidente, como en todos los demás, él atribuyó haber salido con vida a la misericordia y bondad de Dios.

En una ocasión, mientras cumplía una misión en Arkansas y Tennessee, en los Estados Unidos, Wilford y su compañero recorrieron a pie noventa y cinco kilómetros, desde la salida del sol hasta las diez de la noche "sin probar bocado alguno". Durante sus misiones en Inglaterra, la fe y la obra incansable del élder Woodruff dieron por resultado un número considerable de bautismos, cientos de los cuales fueron efectuados personalmente por este líder y siervo valiente.

En 1889, a la edad de ochenta y dos años, llegó a ser Presidente de la Iglesia y sirvió en ese llamamiento hasta su fallecimiento, que se produjo a la edad de 91 años.

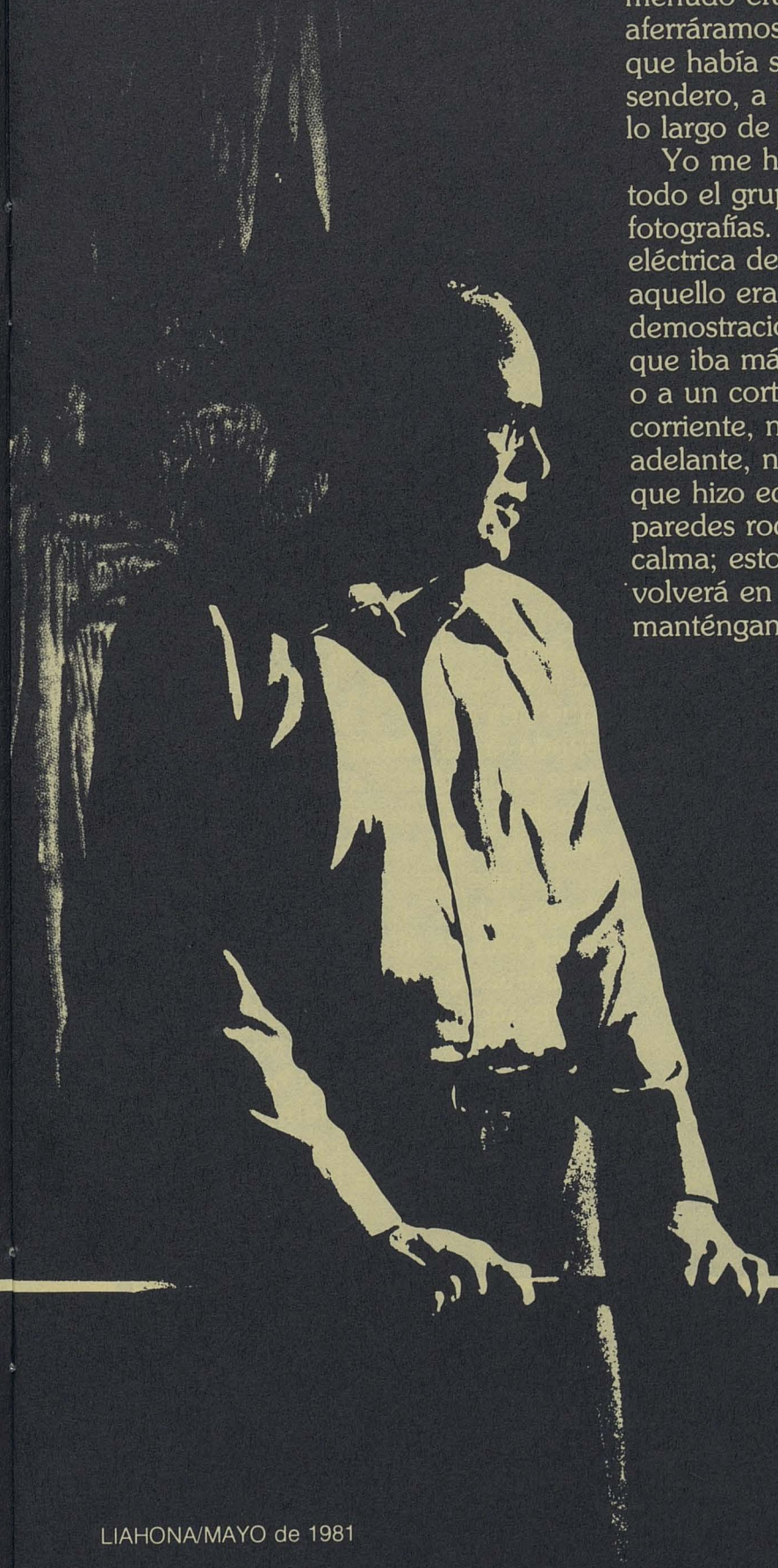
En cierto día caluroso de verano, nuestra familia decidió que la mejor manera de gozar de la tarde sería ir a las montañas. Por mucho tiempo habíamos tenido anotado en la lista de cosas que queríamos hacer juntos una visita a una caverna cercana, así que después de preparar nuestro equipo de excursión, empaquetamos el almuerzo y nos dispusimos a partir.

Salimos muy temprano y pronto nos encontramos en el aire fresco y acogedor de las montañas. En la entrada de la caverna nos saludó un guarda forestal del parque quien se ofreció para ser nuestro guía; ya adentro nos dijo que originalmente había tres cavernas, descubiertas en distintas ocasiones, pero que ahora éstas se comunicaban entre sí gracias a pasajes hechos por el hombre. Notamos que había muchos niveles de interesantes formaciones rocosas, algunos de los cuales permanecían inexplorados. Señalando hacia una estrecha abertura que estaba a un costado del camino, el guía comentó que debajo de la senda por la cual nosotros íbamos había dos cavernas a las que nadie había entrado, y agregó: "Esperamos explorarlas algún día, pero todavía no hemos encontrado una forma satisfactoria de entrar y salir de esas partes más profundas".

Agachando la cabeza para evitar golpearnos contra la filosa roca, anduvimos a lo largo de una senda angosta y resbaladiza, rodeados en todas direcciones por lo desconocido.

Aferraos a la barra de hierro

por el élder F. Burton Howard
del Primer Quórum de los Setenta



A fin de mantener el equilibrio, a menudo era necesario que nos aferráramos a una barra de hierro que había sido puesta junto al sendero, a manera de pasamanos, a lo largo de la pared de la caverna.

Yo me había quedado detrás de todo el grupo para sacar algunas fotografías. Repentinamente la luz eléctrica de la caverna se apagó (si aquello era parte de una demostración dirigida a un grupo que iba más adelante que nosotros, o a un corte inesperado de la corriente, no lo sé). Bastante más adelante, nuestro guía elevó su voz, que hizo eco a lo largo de las paredes rocosas: "Conserven la calma; estoy seguro de que la luz volverá en seguida; por favor, manténganse todos en el sendero y

aférrense a la barra". Su linterna parecía apenas una pequeña chispa amarilla en la distancia.

Me hice una clara imagen mental de las muchas aberturas que había a los lados del sendero y que salían en distintas direcciones desde donde nosotros nos encontrábamos; uno podría perderse fácilmente en cualquiera de ellas, de tal manera que tal vez nunca más le volvieran a encontrar. Esto me preocupó. Para aflojar la tensión, me recosté a una pared rocosa un poco inclinada y tanteando en la obscuridad encontré la barra de hierro. Pensé que, aunque la corriente no volviera a restablecerse, siguiendo las instrucciones del guía y aferrándonos a la barra, podríamos salir de allí.

Desde donde estaba el grupo que iba delante de nosotros se elevó un nervioso murmullo que pronto se acalló. Creo que todos sentimos que, en tanto nos mantuviéramos en la senda y siguiéramos el consejo del guía que conocía bien el recorrido, no habría peligro alguno; no teníamos temor porque podíamos oír su voz y sentir que la barra estaba firmemente sujeta a la pared de piedra de la caverna.

Después de algunos minutos las luces se encendieron y pudimos continuar nuestro paseo observando la belleza maravillosa del lugar. ¿Qué habría sucedido si alguien hubiera abandonado la senda o se hubiera soltado de la barra? ¿y si alguien hubiera intentado salir solo, tanteando el camino en la obscuridad? ¿Habría tenido, cualquiera de nosotros, ocasión de poder hacerlo si no hubieran existido la barra y el guía?

A veces nos encontramos en total obscuridad en la vida. Posiblemente nuestros amigos quieran que hagamos algo que no debemos hacer; puede morir un ser querido nuestro o suceder algo que nos haga sentir desanimados, tristes o solos; pero jamás tenemos porqué sentirnos confundidos ni temerosos de la obscuridad porque nuestro guía, el Salvador, también ha estado en la obscuridad; El sabe cómo nos sentimos y conoce la senda por la que debemos andar para encontrar el camino de salida. El nos ha dado el evangelio, una "barra de hierro" que nos ayude a mantenernos en la senda. Y su senda hará mucho más que conducirnos afuera de una caverna: Nos llevará de regreso a la presencia de nuestro Padre Celestial.

Hemos hecho otras salidas memorables en nuestra familia y cada una de ellas nos ha enseñado lecciones de amor, entendimiento y cooperación. Pero aquel día, hace ya algún tiempo, cuando me sostuve firmemente de una húmeda barra de hierro en aquella tenebrosa caverna, aprendí una lección sobre la fe, lección que nunca he olvidado.

Voy a ganarle a ese Juanito Portales. ¡El no juega mejor que yo! —Así me despedí de mi madre aquella mañana al salir apresuradamente hacia la escuela.

¡Por fin había llegado el día del gran campeonato de canicas (bolitas)! El encuentro había sido planeado durante semanas, y todos los niños de nuestra clase lo habíamos estado esperando ansiosamente. Para mí las horas pasaban con demasiada lentitud. Al fin escuchamos el timbre de salida y nuestro grupo se reunió afuera del local escolar. ¡Yo estaba seguro de que iba a ganar!

Fue entonces que vi la canica que tenía Juanito. Era nueva y era la primera vez que la veía.

—¿No te parece que esta bolita es muy linda, Gastón? —me preguntó. Y me lo repitió varias veces.

El campeón de las canicas

por Laurie J. Wilson

Me sentí molesto por no tener una canica nueva con la cual jugar, pero traté de no dejarle saber que me hubiera gustado tener una como la de él. El partido comenzó. Traté de aplicar mis mejores métodos, pero quince minutos más tarde Juanito me había ganado todas mis bolitas.

Estaba tan enojado que casí tiré al suelo a mi hermanito Samuel, al entrar corriendo a casa; me sentía humillado y furioso conmigo mismo al pensar que había dejado que Juanito me ganara un partido de canicas, especialmente frente a mis amigos. Y para colmo de males, el partido fue la razón de que llegara tarde a casa para hacer mis tareas, de manera que mamá también estaba enfadada conmigo, pues necesitaba que fuera sin demora a la tienda a comprar una madeja de lana; Samuel era demasiado pequeño para ir solo, de manera que ella había estado esperando mi regreso. Me dio el dinero y me pidió que me apresurara. Mi hermano quería ir conmigo, pero le dije que no porque tenía que caminar muy rápido para él. Se puso a llorar y a quejarse tanto que finalmente mamá me dijo que lo llevara.

Hice casi todo el camino corriendo velozmente como para dejarlo atrás, pero no tanto como para perderlo de vista. El entró a la tienda en el momento en que yo estaba comprando la lana, y traté de evitar mirar directamente sus tristes ojos; después nos dirigimos a la caja para pagar, y el Sr. Cuestas, miembro de nuestro barrio, estaba allí para cobrar. Noté que sobre el mostrador había una caja repleta de canicas iguales a la de Juanito; las palmas de las manos se me humedecieron de sudor y me quedé mirándolas, pensando en todas las bolitas que había perdido; pensé que *tenía* que tener una de aquellas canicas, que con tantas en la caja, seguramente el Sr. Cuestas no iba a echar de menos sólo una.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie estuviera mirando; el Sr. Cuestas estaba de espaldas a nosotros y se encontraba hablando con otros clientes, así que, disimuladamente, saqué de la caja una bolita púrpura y me la puse en el bolsillo, palpando la fresca y bien pulida superficie; por el rabillo del ojo vi que Samuel me miraba con la boca abierta, como si estuviera listo para decir algo, pero luego miró hacia otro lado. El Sr. Cuestas volvió a la caja para cobrar.

—¿No quieres comprar nada más, Gastón?

Dudé un instante antes de responder:

—No . . . no; eso es todo lo que mamá necesita.

Me puse nervioso porque me pareció notar repentinamente un gesto de desilusión en el Sr. Cuestas, y entonces dijo en voz baja, como para que yo solo oyera:

—¿Qué me dices de la canica? ¿No te has olvidado de eso?

Aquella bolita fresca y pulida repentinamente pareció transformarse en una ardiente brasa en mi bolsillo. *¡Pero si él estuvo de espalda! ¿Cómo pudo haberme visto?* Estos pensamientos pasaron por mi mente ante el pánico que me invadía. Quedé allí parado estúpidamente, no sabiendo qué hacer; después, lentamente saqué la bolita del bolsillo y la puse sobre el mostrador, comenzando a tartamudear; de pronto, la aguda voz de Samuel interrumpió diciendo:

—Esa canica no es suya, Sr. Cuestas; es de Gastón. Yo lo he visto usarla muchas veces. ¡Lo he visto!

—¡Cállate, Samuel! —le espeté mirándolo fijamente—. Solamente empeorarás las cosas.

El Sr. Cuestas esperó que yo dijera algo.

—Supongo . . . supongo que me olvidé.

El se limitó a indicar el cartel que tenía el precio de las canicas.

—Creo que no tengo el dinero para pagarla ahora —le dije; y me quedé observándolo mientras la ponía en su lugar.

Le entregué el dinero de la lana, tomé la bolsa y me di vuelta para alejarme. Pero a mitad de camino hacia la puerta me detuve y le pregunté:

—¿Va usted a contarles a mamá y papá lo que hice?

Me miró durante unos instantes y me respondió:

—No . . .

Mi ansiedad se convirtió en alivio e incredulidad.

—¿De veras? Mm . . . gracias Sr. Cuestas. Jamás volveré a . . .

—Gastón —me interrumpió él—. Yo no voy a decirles nada a tus padres porque espero que lo hagas tú.

No podía creer lo que acababa de oír.

—¿Yo? ¿Decirles a ellos? Pero . . .

—Hijo, tu padre ha sido obispo durante seis años, ¿verdad? Asentí con la cabeza.

—Creo que la gente está de acuerdo en que es el hombre de más confianza en la comunidad. Bien, ¿cómo crees que llegó a ser así?

Como no respondí, él continuó:

—Se ganó la confianza de la gente, Gastón.

Samuel me tironeaba de la mano, tratando de llevarme hacia la puerta.

—Si yo no les digo esto a mis padres, supongo que usted lo hará, ¿no es así?

—Si tú no se lo dices, Gastón, ellos nunca lo sabrán. —Los ojos de aquel buen hombre se clavaron fijamente en los míos—. Pero espero que tú se lo dirás —añadió.

Repentinamente tuve el deseo de no tener que volver más a mi casa y enfrentar a mis padres con lo que había hecho. ¿Qué dirían?

—¡Qué suerte tienes, Gastón! —me dijo Samuel mientras regresábamos—. Papá se enojaría mucho contigo si ese hombre le dijera lo que hiciste; pero ahora nunca lo sabrá. ¡Puedes estar seguro . . . de que yo nunca voy a contarlo!

—Cállate, Samuel —le dije, y mi rostro endurecido lo hizo callarse.

El tenía razón, naturalmente. Mi padre se iba a enojar. Siempre nos había dicho que se esperaba que la familia del obispo fuera un ejemplo para todos, y que él contaba con que sus hijos siempre harían lo correcto; no quería ni imaginar la expresión de desilusión en su rostro. Seguí pensando en lo que el Sr. Cuestas había dicho en cuanto a la confianza.

Aún no sabía qué hacer. Al comenzar a subir por los escalones de la entrada a nuestra casa, Samuel me tomó del brazo.

—¿Vas a contarle a papá? —me miraba ansiosamente a los ojos.

Ignoré su pregunta y entré a la casa.

En aquel momento papá estaba leyendo el diario. Levantó la vista y nos saludó; en seguida volvió a su lectura. Me sentí confundido. *¿Por qué tenía que decírselo? Nunca iba a hacerlo otra vez, de manera que tal vez . . .*

Mis pensamientos se interrumpieron repentinamente cuando me di cuenta de la presencia de Samuel. El estaba parado en medio de la sala, mirándome en la misma forma en que miraba cuando recibía un paquete como regalo de Navidad, no sabiendo qué esperar. Al darme cuenta de cuánto me estimaba mi hermanito, sentí como un golpe en el rostro; él había querido mentir en la tienda para defenderme y yo había sido malo con él. *¿Qué clase de ejemplo había sido para él últimamente?* Interiormente me sentía muy desalentado.

Sentí los ojos de papá fijos en mí todo el tiempo, mientras le contaba lo sucedido; pero yo no tenía fuerzas para mirarlo a él. Se mantuvo en silencio durante largo rato después que terminé de confesar todo lo ocurrido, y esa actitud me puso muy nervioso.

—Hijo, mírame a los ojos —me dijo finalmente con voz suave.

Al mirarlo me sorprendí. Papá estaba sonriendo, aunque sus ojos parecían un poco húmedos.

—Me siento orgulloso de ti. —Hablaba suavemente—. Se requirió valor de tu parte para que dijeras la verdad. Es claro, eso no borra lo que hiciste y sabes que tendrás que ser castigado; tal vez puedas trabajar ayudándole al Sr. Cuestas durante algún tiempo.

Me dejé caer a sus pies, aliviado de haberle dicho la verdad. Me sentía contento de habérsela dicho, aunque ello significaba que tendría que trabajar para el Sr. Cuestas después de salir de la escuela. Naturalmente, eso significaría también que no habría más partidos de bolitas por unos días, pero no me importaba.

Y pensé: *Cuando juegue otra vez con Juanito le voy a ganar todas las canicas; y voy a recuperar todas las mías ganándoselas con mi vieja canica de campeón.*

el hábito de decir que creemos en la revelación moderna; anunciamos que los cielos han sido abiertos, que Dios ha hablado en nuestro tiempo, que los ángeles han ministrado entre los hombres, que ha habido visiones y revelaciones y que todos los dones que poseyeron los antiguos se han dado en el presente. Pero, por lo general, al hablar en esta forma pensamos en las experiencias de José Smith, de Brigham Young o de Spencer W. Kimball; pensamos en los apóstoles y profetas; en ellos y en la Iglesia misma que sigue adelante sobre el principio de la revelación.

Y bien, no hay duda alguna respecto a este asunto: La organización a la cual pertenecemos es literalmente el reino del Señor y fue establecida a fin de prepararnos y calificarnos para ir al reino celestial; y esta Iglesia es guiada mediante revelación. En distintas ocasiones en que he estado en reuniones con los apóstoles, el Profeta de Dios en la tierra ha dicho, con humildad y testimonio ferviente, que el velo se le presenta tenue, que el Señor guía y dirige los asuntos de la Iglesia, que ésta es su Iglesia y que El nos está manifestando su voluntad.

Existe la inspiración en los que dirigen la Iglesia; ésta está desempeñando su misión y progresando en la forma en la que el Señor quiere que progrese a fin de que, tan rápidamente como nuestras fuerzas lo permitan, su mensaje vaya a sus otros hijos en el mundo y a fin de que nosotros, como miembros del reino, podamos purificar y perfeccionar nuestra vida y ser dignos de las más ricas bendiciones en esta tierra y en el más allá.

Pero la revelación no es sólo para el Profeta de Dios en la tierra, ni las visiones de la eternidad están reservadas solamente para las Autoridades Generales. La revelación es algo que debe ser recibido por cada individuo. Dios no hace acepción de personas (véase D. y C. 1:35), y cada alma es tan preciosa para El como las almas de aquellos que son llamados a puestos de liderazgo. Puesto que El obra sobre principios de leyes eternas y universales, cualquier persona que obedezca la ley que le permita obtener revelación podrá tener un conocimiento similar al del presidente Kimball, podrá hablar con los ángeles tal como José Smith habló con ellos, y podrá estar en armonía con todas las cosas espirituales.

El profeta José Smith dijo:

"Ni la lectura de las experiencias de otros, ni las revelaciones que ellos reciben, podrán jamás darnos a *nosotros* un concepto comprensible de nuestra condición y nuestra verdadera relación con Dios. El conocimiento de estas cosas sólo se puede obtener por la experiencia, mediante las ordenanzas que Dios ha establecido para ese propósito. Si por cinco minutos pudiéramos ver lo que hay en el cielo, aprenderíamos más que si leyésemos todo lo que se ha escrito sobre el asunto." (*Enseñanzas del Profeta José Smith*, pág. 400.)

Pienso que nuestro interés es obtener revelación personal, saber por nosotros mismos cuál es la voluntad e intención del Señor (véase D. y C. 133:61) concerniente a nuestras preocupaciones personales, y recibir

confirmación de su voluntad e intención con relación a su Iglesia.

Hay dos clases de conocimiento: intelectual y espiritual. Al concurrir a centros de enseñanza, primordialmente buscamos conocimiento en el campo intelectual, conocimiento que recibimos probablemente mediante el razonamiento y a través de los sentidos.

Esto es sumamente importante y animamos a todas las personas que deseen progresar y alcanzar mayor entendimiento y preparación a mejorar su capacidad intelectual. Pero creo que tenemos necesidad de dedicar una porción constantemente mayor de nuestro tiempo a la adquisición de conocimiento espiritual. Al tratar realidades espirituales no estamos hablando de obtener algo simplemente mediante la razón o a través de los sentidos, sino que hablamos acerca de la revelación, de aprender a llegar al conocimiento de las cosas de Dios poniendo nuestro espíritu en armonía con el eterno Espíritu de Dios. Este es el canal, la forma en que la revelación llega al individuo.

No me preocupa mucho que alguien evalúe un problema de cualquier naturaleza, doctrinal o de la Iglesia, partiendo de una base estrictamente intelectual; todo lo espiritual está en total y completo acuerdo con las realidades intelectuales a las que llegamos mediante la razón, pero cuando las dos cosas se comparan en relación a sus respectivos méritos, lo importante son *las espirituales* y no las intelectuales. Las cosas de Dios se conocen solamente por medio del Espíritu de Dios.

Cierto es que uno puede razonar sobre asuntos de doctrina, pero no se abraza una religión mientras no se siente algo en el alma, mientras no ha habido un cambio en el corazón, mientras uno no ha llegado a tornarse en "nueva criatura" (véase 2 Cor. 5:17) del Espíritu Santo. Gracias a la bondad de Dios cada miembro de la Iglesia ha tenido la oportunidad de hacer esto porque, después del bautismo, cada uno obtiene "el don del Espíritu Santo" (D. y C. 33:15), lo cual significa que, de acuerdo con su rectitud y fidelidad personales, tiene el derecho a la compañía constante de este miembro de la Trinidad.

Y bien, yo afirmo que *tenemos derecho* a la revelación. Cada miembro de la Iglesia tiene derecho a recibir revelación del Espíritu Santo; tiene derecho a que lo visiten los ángeles; tiene derecho a ver las visiones de la eternidad; y tiene derecho a ver a Dios en la misma forma en que cualquier profeta lo ha visto.

Al considerar a los profetas, pensamos en aquellos hombres que indican el destino futuro de la Iglesia y del mundo. Pero, el hecho es que *cada persona debería ser profeta para sí misma y para sus propios asuntos*. Moisés dijo:

"Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta, y que Jehová pusiera su Espíritu sobre ellos." (Números 11:29.)

Y Pablo dijo: ". . . procurad profetizar . . ." (1 Cor. 14:39).

Ellos mismos nos aconsejan que, con todo nuestro corazón y fuerza, como individuos y para nuestros intereses privados o personales, busquemos el don de la profecía.

Permitidme leer algunas declaraciones tomadas de las revelaciones dadas a José Smith el Profeta, las

Cada miembro de la Iglesia puede ver visiones celestiales, hablar con los ángeles, ver el rostro del Señor, y recibir todo el conocimiento y la sabiduría que han sido derramados sobre los fieles en toda época.

cuales bosquejan la fórmula mediante la que nosotros, como individuos, podemos llegar a conocer las cosas de Dios por el poder del Espíritu. El Señor dijo:

". . . hablaré a tu mente y a tu corazón por medic del Espíritu Santo que vendrá sobre ti y morará en tu corazón.

Ahora, he aquí, éste es el espíritu de revelación . . ." (D. y C. 8:2-3.)

Esta revelación habla del Espíritu que se dirige al espíritu, del Espíritu Santo que habla al espíritu que está dentro de mí, en una forma que es incomprensible para la mente; pero es clara para el espíritu y transmite conocimiento, da inteligencia, aporta verdad y da un discernimiento seguro de las cosas de Dios. Esto se aplica a todos.

"Dios os dará conocimiento por medio de su Santo Espíritu, sí, por el inefable don del Espíritu Santo, conocimiento que no se ha revelado desde el principio del mundo hasta ahora;

el cual nuestros antepasados con ansiosa expectación han aguardado que se revelara en los postreros tiempos." (D. y C. 121:26-27.)

Este es un pasaje glorioso y está dirigido a todo individuo en la Iglesia; en otras palabras, es una revelación personal para vosotros.

"Porque así dice el Señor: Yo, el Señor, soy misericordioso y benigno para con los que me temen, y me deleito en honrar a los que me sirven en justicia y en verdad hasta el fin.

Y a ellos revelaré" (a todos en el reino de Dios) "todos los misterios, sí, todos los misterios ocultos de mi reino desde los días antiguos, y por siglos futuros, les haré saber la bue-

na disposición de mi voluntad tocante a todas las cosas pertenecientes a mi reino.

Porque por mi Espíritu los iluminaré, y por mi poder les revelaré los secretos de mi voluntad; sí, cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han llegado siquiera al corazón del hombre." (D. y C. 76:5, 7, 10.)

Ya me he referido a que podemos hablar con los ángeles, que podemos soñar y tener visiones, que podemos ver el rostro del Señor. Aquí tenemos una promesa en ese sentido:

"De cierto, así dice el Señor: Acontecerá que toda alma que deseche sus pecados y venga a mí, invoque mi nombre, obedezca mi voz y guarde mis mandamientos, verá mi faz y sabrá que yo soy." (D. y C. 93:1.)

El Profeta dijo que el velo podría desaparecer hoy en día, como en cualquier época, si nos congregáramos los élderes del reino en fe y en justicia y llenáramos los requisitos para tener las visiones de la eternidad. Aquí tenemos una declaración hecha por José Smith:

"La salvación no puede venir sin revelación; es en vano que persona alguna ejerza su ministerio sin ella. Ningún hombre puede ser ministro de Jesucristo sin ser profeta. Nadie puede ser ministro de Jesucristo si no tiene el testimonio de Jesús; y el testimonio de Jesús es el espíritu de la profecía. Cuando se ha administrado la salvación, ha sido por testimonio. Los hombres de la época actual testifican del cielo y del infierno, y jamás han visto ni el uno ni el otro; y yo diré que ninguno sabe de estas cosas sin este espíritu de revelación." (*Enseñanzas*, pág. 186.)

Tenemos derecho a la revelación. La revelación personal es esencial para nuestra salvación. Las Escrituras tienen muchos ejemplos de lo que ha sucedido. Aquí tenemos algo que escribió Nefi:

"Si no endurecéis vuestros corazones, y me pedís con fe, creyendo que recibiréis, guardando diligentemente mis mandamientos, de seguro os serán manifestadas estas cosas." (1 Nefi 15:11.)

En el Libro de Mormón hay también una declaración respecto a unos misioneros sumamente eficientes, los hijos de Mosíah:

". . . eran hombres de sana inteligencia, y habían escudriñado diligentemente las Escrituras para poder conocer la palabra de Dios.

Mas esto no es todo; se habían dedicado a mucha oración y ayuno; por tanto, tenían el espíritu de profecía y el espíritu de revelación, y cuando enseñaban, lo hacían con poder y autoridad de Dios." (Alma 17:2-3.)

Citaré algo más. Esto es de José Smith el Profeta:

"Una persona podrá beneficiarse si percibe la primera impresión del espíritu de la revelación. Por ejemplo, cuando sentís que la inteligencia pura fluye en vosotros, podrá repentinamente despertar en vosotros una corriente de ideas, de manera que por atenderlo, veréis que se cumplen el mismo día o poco después; (es decir) se verificarán las cosas que el Espíritu de Dios ha divulgado a vuestras mentes; y así, por conocer y entender el Espíritu de Dios, podréis crecer en el principio de la revelación hasta que lleguéis a ser perfectos en Cristo Jesús." (*Enseñanzas*, pág. 179.)

Las Escrituras contienen muchos

pasajes que mencionan la revelación, pues los profetas han dicho mucho al respecto. Para nosotros esto significa que tenemos necesidad de la *experiencia religiosa*, de llegar a tener una relación íntima y personal con Dios. Tenemos que hacer lo que dijo José Smith el Profeta: "por cinco minutos. . . tener una visión del cielo".

La religión consiste en hacer que el Espíritu Santo forme parte de la vida de una persona.

Estudiamos y tenemos que evaluar lo estudiado; y gracias a ese estudio llegamos a algunos principios que nos colocan en un estado de ánimo espiritual. Finalmente el resultado es *que nuestra alma es conmovida por el Espíritu de Dios.*

¿Quisierais tener una fórmula en cuanto a cómo obtener revelación personal? Esta se podría escribir en muchas maneras. La mía consiste sencillamente en lo siguiente:

1. Escudriñar las Escrituras.
2. Obedecer los mandamientos.
3. Pedir con fe.

Cualquier persona que haga esto logrará poner su corazón en armonía con el Señor al punto de que a su ser llegarán principios eternos de la religión provenientes de la "voz apacible y suave" (D. y C. 85:6). Y a medida que progrese y se aproxime más a Dios, llegará el día en que hablará con los ángeles, verá visiones celestiales y, finalmente, contemplará la faz de Dios.

La religión es un asunto del espíritu. Usad todo vuestro intelecto para ayudaros; pero en el análisis final tendréis que poneros en armonía con el Señor.

La primera gran revelación que una persona tiene que alcanzar es la de *conocer la divinidad de la Iglesia;* a eso lo llamamos "testimonio". Una vez que la persona logra un testimonio, ha aprendido a ponerse en armonía con el Espíritu y a obtener revelación. Poniéndose en armonía con el Espíritu, puede alcanzar conocimiento que lo dirija en sus asuntos personales. Finalmente, gozando y progresando en este don, puede obtener todas las revelaciones de la eternidad que el Profeta o todos los profetas han tenido en toda época.

En cierta medida yo, junto con vosotros, he recibido revelación. Yo he recibido revelación que me dice que esta obra es verdadera, y en consecuencia, *lo sé;* esta seguridad es independiente de todo estudio e investigación: Lo sé porque el Espíritu Santo ha hablado a mi espíritu y me ha dado un testimonio. En consecuencia, puedo declarar con toda autoridad y decir en verdad que Jesucristo es el Hijo de Dios, que José Smith es su Profeta, que Spencer W. Kimball es el Profeta hoy en día y que La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días es la única Iglesia verdadera sobre la faz de toda la tierra.

Y además, en conexión con el tema que estamos considerando aquí, puedo certificar y testificar que *toda alma viviente que obedezca las leyes de Dios,* que escudriñe las Escrituras, cumpla los mandamientos y pida con fe, puede tener *revelación personal de Dios* para la gran gloria y satisfacción de su alma aquí y para su salvación final en las moradas de lo alto (véase Juan 14:2).

Esperé cuarenta años para ser bautizada

por Bessie Leeper Yoakum

Me casé a los dieciocho años de edad, y para entonces ya había leído toda la Biblia; también había concurrido a reuniones en distintas iglesias, pero sin encontrar en ninguna lo que esperaba hallar. Estudiaba diariamente las Escrituras; ayunaba una vez a la semana y hacía todo lo que estaba a mi alcance para vivir los principios que el Salvador había enseñado. Y regularmente oraba al Señor pidiéndole que alguien me llevara el mensaje del evangelio verdadero.

Un día, allá por la década de 1920, cuando ya tenía cuatro hijos pequeños, unos misioneros dejaron en una escuela cercana un folleto titulado *Los Artículos de Fe*. Uno de los niños me trajo un ejemplar y me dijo que los misioneros iban a realizar un servicio religioso aquella noche. Mi esposo no estaba interesado, de manera que no fuimos, pero yo estudié el folleto y busqué todas las referencias bíblicas en relación con el Libro de Mormón; entonces escribí a las oficinas centrales de la Iglesia en Salt Lake City y pedí un ejemplar de dicho libro. Me lo enviaron y también, cierto número de folletos. Al haber leído una tercera parte del Libro de Mormón, ya sabía que era verdadero; ¡había encontrado la Iglesia verdadera, sabía que Jesucristo vivía y que ciertamente era el Hijo de Dios!

Mi primer impulso fue enterar a todo el mundo, pero cuando le di el libro a mi cuñada, no se mostró interesada. Y lo peor fue que ella había oído —y había creído— algunos comentarios negativos acerca de la Iglesia; le habló a mi esposo, y él juntó todos mis folletos y los quemó, prohibiéndome criar a nuestros hijos en aquella religión. Molesta

porque lo que había esperado durante tanto tiempo me estaba siendo quitado, escribí a las oficinas centrales de la Iglesia contando mi problema. El consejo que recibí fue que esperara; y que debía vivir cada día en la mejor manera posible, y finalmente se abriría un camino para poder ser bautizada. Los misioneros no podían bautizar a una mujer sin el consentimiento del esposo.

Continué leyendo el Libro de Mormón y todo lo que pude encontrar, tanto en favor como en contra de la Iglesia. Y mi testimonio creció. Ocurrió entonces que nuestra casa se incendió quemándose el Libro de Mormón, y yo no podía solicitar otro. Pero cuando entre las primeras compras para rehacer nuestra casa incluí una Biblia, mi madre me dijo: "Nunca pierdes la esperanza, ¿verdad?"

Mi siguiente contacto con la Iglesia ocurrió años más tarde, en 1940; ya para entonces teníamos seis hijos. Fui a visitar a mi hermana en Waco, Texas, a unos 129 kilómetros de distancia. Ella me habló de una amiga suya que era miembro de la Iglesia Mormona; a través de ese contacto pude asistir a la Escuela Dominical y a la reunión sacramental en la pequeña rama de Waco. Una misionera me dio otro ejemplar del Libro de Mormón, y yo encontré el valor suficiente para hablar con mis hijas, ya casadas y con hijos propios, acerca del evangelio.

Fue entonces que me enteré de la genealogía y fue a través de esta actividad que mantuve mi testimonio durante los siguientes veinte años, tiempo en el que no tuve contacto alguno con la Iglesia. Sin embargo, me sentía continuamente agradecida de que nuestro Padre Celestial me hubiera dado la oportunidad de hacer algo por mis antepasados fallecidos y seguí en esta obra con gran satisfacción.

También me sentí agradecida cuando mis tres hijos mayores volvieron a salvo a casa en 1945, después de participar en la Segunda Guerra Mundial. Pero poco después, al estar ellos y mi hijo de dieciséis años, Robert Lee, ayudando a su padre a mudar una casa, Robert Lee murió electrocutado.

Esa noche, pensando en la tragedia, me preguntaba una y otra vez: "¿Qué le ha sucedido a mi fe? Yo creía tener fe en que mi familia estaría protegida . . . y aquí está Robert Lee en la capilla de funerales". Sencilla y claramente una voz me dijo: "Robert Lee está protegido. Está en buen lugar". Comprendí entonces que aunque nuestro Padre Celestial no siempre responde a nuestras oraciones en la manera en que nosotros lo querríamos, siempre las contesta. Mi testimonio fue fortalecido una vez más.

En 1963 mi esposo enfermó y durante los dos años siguientes tuvo que ser internado varias veces en el hospital. Un día, renovando mi valor, le pregunté por qué no leía el Libro de Mormón y averiguaba por sí mismo de qué se trataba; su respuesta fue rápida: "Sé todo lo que quiero saber". Pero yo me mantuve firme. "No", le dije, "tú solamente sabes lo que otros te han dicho. Este libro trata del evangelio dado al mundo occidental, así como la Biblia habla de lo que se dio al mundo del Oriente, y cuenta de las grandes calamidades que sobrevinieron a este continente por causa de la maldad."

Finalmente me contestó: "Bien, supongo que no hay diferencia entre los dos libros". Pero no lo leyó, y yo

no le dije nada más.

Cuando volvió a ser hospitalizado, entró en coma. A eso de las cinco de la mañana recobró brevemente el conocimiento, me tomó la mano y me preguntó: "¿Ves a esa mujer sentada a los pies de mi cama?" "No", le dije. Entonces volvió a preguntarme: "¿Puedo hablar con estas personas?" Pensando que probablemente estaría viendo a amigos y familiares ya fallecidos que habrían ido para recibirlo en el mundo de los espíritus, le dije quedamente que sí.

Luego murmuró: "Creo que estoy muriendo . . . pero espero tener una oportunidad de aprender el evangelio al irme de este mundo". Incapaz de hablar, yo solamente pude decir una oración en silencio, agradecida de que al final él quisiera escuchar el evangelio restaurado. Un mes después de la muerte de mi esposo fui bautizada. Un año más tarde fui a Salt Lake City y fui sellada a él, y nuestro hijo fallecido, a nosotros. La mayoría de mis hijos se habían unido a otras iglesias antes de que yo les hubiera hablado del evangelio restaurado.

Al bautizarme, en 1965, tenía sesenta y nueve años. Habían transcurrido unos cuarenta años desde que obtuve un testimonio del evangelio verdadero, y hoy testifico fervientemente que Jesucristo es el Salvador del mundo y que está a la cabeza de esta Iglesia.

Nuestras frustraciones y desilusiones puede que sean tan sólo agujas en el pajar de la eternidad, mas puesto que nosotros no las vemos así, tampoco son así para el Señor. Dejad de pensar que mañana no tendremos más problemas y que la vida será color de rosa. El Señor aguarda la oportunidad de ayudaros, si ponéis vuestros problemas a sus divinos pies. Orad en forma específica por ellos, ya sean pequeños o grandes, por esos que coartan vuestro progreso y opacan vuestros más caros sueños. Llamad, buscad, y encontraréis respuesta a vuestras oraciones; os lo prometo, porque verdaderamente sois sus hijos. El os dará el consuelo y el consejo que necesitáis, el valor necesario para que levantéis la cabeza y enfrentéis el presente con fe y esperanza.

Elder Paul H. Dunn

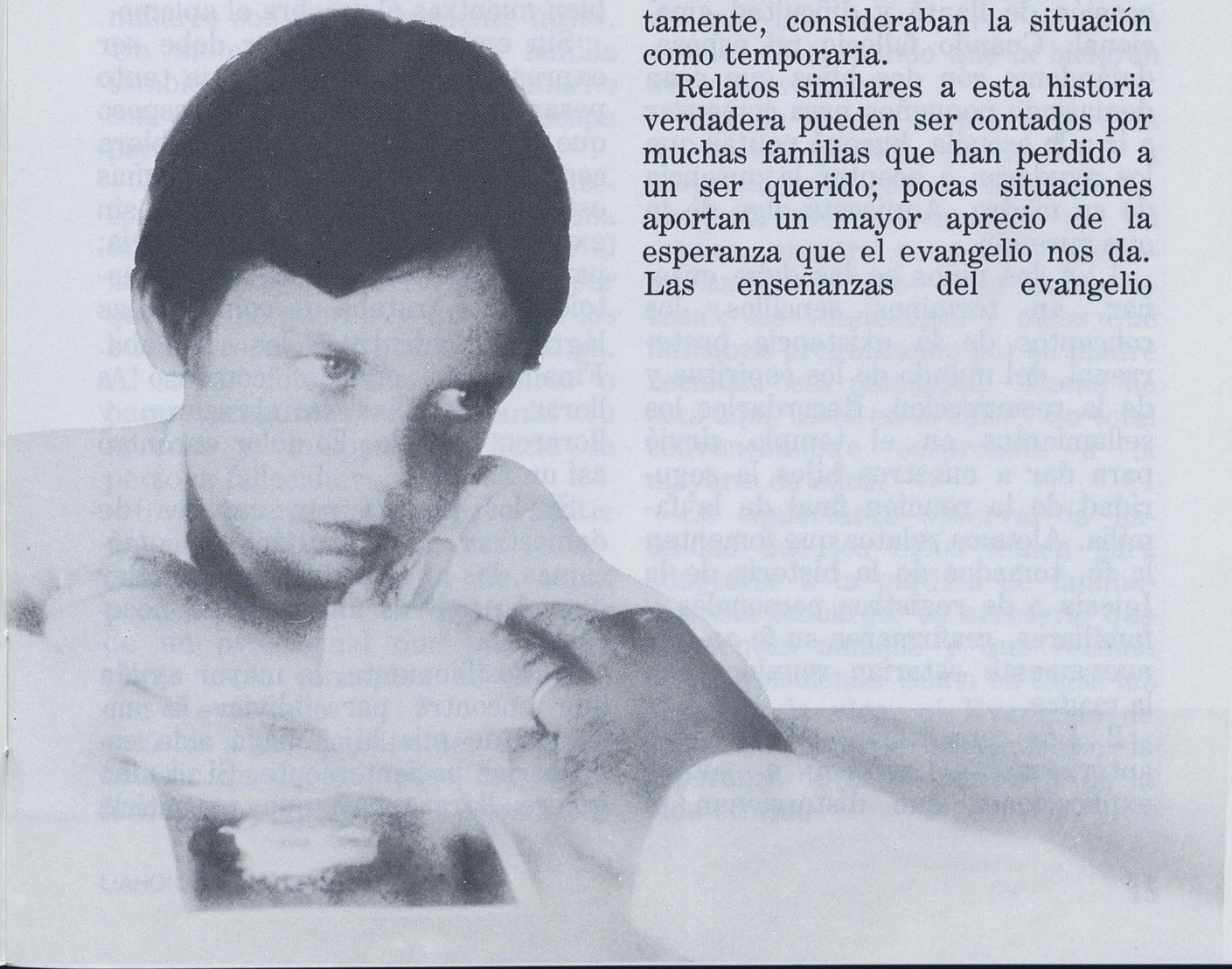
Expliquemos la muerte a los niños

por Jon M. Taylor

David, un profesor en la universidad de nuestra comunidad, se encontraba acompañando a su esposa en el hospital cuando ella falleció. La enfermedad había sido breve y la muerte inesperada. A pesar de su dolor y sorpresa, su preocupación inmediata fue por sus siete hijos pequeños. Como el hospital estaba a cierta distancia de su casa, David telefoneó a su ex obispo, pidiéndole que diese la noticia al resto de la familia. Con el evangelio como guía, el amigo así lo hizo, diciendo a los niños en forma calma y clara, todo lo que había sucedido y lo que aquel hecho significaría en sus vidas.

En los días siguientes los niños compartieron sus ansiedades con el padre y con otros allegados. Como los que los rodeaban demostraron la aceptación y serenidad de su fe, los niños llegaron a aceptar la muerte de la madre, sabiendo que el espíritu vivía y que finalmente se reuniría con su cuerpo, que volvería a estar con ellos nuevamente y que el amor y la preocupación que sentía hacia ellos no había cesado. Ciertamente, consideraban la situación como temporaria.

Relatos similares a esta historia verdadera pueden ser contados por muchas familias que han perdido a un ser querido; pocas situaciones aportan un mayor aprecio de la esperanza que el evangelio nos da. Las enseñanzas del evangelio



restaurado son una enorme bendición en tales momentos.

Trabajando en una ciudad del oeste medio de los Estados Unidos, durante la misión, conocí a una familia que tenía trece hijos. Aunque ya eran grandes y no vivían en el hogar paterno, aquella era una familia de fuertes lazos afectivos. De los doce hijos que vivían, diez residían en un radio de dos manzanas de la casa paterna. Cuando falleció la madre, los entristecidos hijos nos invitaron a explicarles el plan de salvación. A medida que hablábamos, el dolor fue reemplazado por atención y, finalmente, por gratitud hacia el Señor.

La verdad revelada nos da fuerza y esperanza; sin embargo, la pérdida de un miembro de la familia es ocasión de llanto y dificultad emocional. Cuando falleció mi esposa, dejándome con dos hijos que eran demasiado pequeños para comenzar a ir a la escuela, busqué pautas que los ayudaran a aceptar la ausencia de su madre. Aquí está algo de lo que aprendí:

1. A los niños se les debe enseñar, en términos sencillos, los conceptos de la existencia preterrenal, del mundo de los espíritus y de la resurrección. Recordarles los sellamientos en el templo sirvió para dar a nuestros hijos la seguridad de la reunión final de la familia. Algunos relatos que fomentan la fe, tomados de la historia de la Iglesia o de registros personales y familiares, reafirmaron su fe en que nuevamente estarían reunidos con la madre.

2. Los comentarios mencionados anteriormente ayudan a evitar explicaciones que distorsionan el punto de vista de los niños respecto a los que siguen vivos, u otras que creen una ansiedad innecesaria. Si a un niño se le dijera que una hermana "fue llevada porque era demasiado buena para esta vida", podría pensar que los vivientes son indignos; si se describe a un abuelo muerto como que "está durmiendo solamente", el niño tal vez tenga temor de ir a acostarse.

3. Aprendí que el aplomo de los adultos puede influir en los niños. Si el padre enfrenta la muerte como inevitable pero no terminante, los niños también lo harán; un padre, demasiado vencido por el dolor como para hablar de la muerte a su hijo en seguida que ésta ocurre, puede pedir a otros miembros de la familia o a algún amigo que le hablen mientras él recobra el aplomo.

Sin embargo, el pesar debe ser expresado. Una mujer sentía tanto pesar ante la muerte de su esposo que le pidió a su cuñada que hablara con sus hijas; las dos pequeñas estaban atemorizadas, el rostro sin expresión, al recibir la noticia; parecían alejarse de la tía que estoicamente trataba de contener las lágrimas mientras les hablaba. Finalmente, cuando comenzó a llorar, las niñas la abrazaron y lloraron con ella. El dolor encontró así un escape.

Si los padres son capaces de demostrar y compartir sus emociones, los hijos podrán comprender que el pesar es natural y es necesario.

4. Posiblemente, la mayor ayuda que encontré para aliviar la ansiedad de mis hijos haya sido escucharlos pacientemente. Si el niño quiere llorar, hay que permitirle

que lo haga; si se siente culpable, hay que permitirle que exprese su sentimiento. Si un niño ha perdido a uno de sus padres, con seguridad querrá saber que el que le queda lo ama y no lo dejará. Las aseveraciones sencillas y honestas satisfarán a los niños.

5. Aprendí que aunque lo que yo decía era importante, las señales no verbales lo eran más todavía. Una voz sincera, abrazos firmes y una actitud cálida pueden comunicar sentimientos más profundos.

6. Es necesario distraer a los niños para que no se concentren en sus emociones, hacerlos tomar parte en actividades que les gustan, tales como ir a nadar, salir en un campamento o participar en deportes; los contactos con amistades y familiares son particularmente útiles. Un animal querido de la familia también puede proveerles mucho consuelo y una válvula de escape para expresar sus sentimientos.

7. También ayuda mucho atesorar el recuerdo de la persona fallecida. Aunque queremos que el niño acepte la muerte de un ser querido, no queremos que borre los buenos recuerdos que de él tenga. Al mirar fotografías familiares o hacer preguntas, aumentarán su aprecio y comprensión hacia la persona fallecida.

8. Si la ansiedad, culpa o apatía del niño continúan, tal vez se necesite ayuda de parte de algún profesional; pero ésta debe provenir de un profesional que pueda explicar estos conceptos de acuerdo con el evangelio.

Estas ideas pueden ser útiles al ocurrir un deceso, pero hay otras formas de preparar a los hijos antes de verse enfrentados a la pérdida de un ser querido. La noche de hogar provee una buena oportunidad para hablar abiertamente sobre la muerte, así como también la provee la defunción de algún pariente lejano o de algún conocido. Asistir a un funeral puede ayudar a los niños mayores a comprender y enfrentar la muerte; pero a los pequeños (generalmente los menores de siete años) no hay motivo para llevarlos, a menos que se trate de un familiar muy cercano.

La muerte de los animales también puede resultar instructiva. Mi hijo pequeño una vez trajo a casa una culebra muerta; le había vendado la cola quebrada en un esfuerzo por revivirla. Se requirió una persuasión firme para convencerlo de que una vez muerta no había vendas en el mundo que la hicieran vivir nuevamente.

Cuando el niño acepta la pérdida de un ser querido, puede llegar a sorprendernos con su fe y ánimo. Después del fallecimiento de mi esposa, nuestra pequeña y desenvuelta hija se tornó en la "dueña de casa"; los vendedores y otros que llamaban preguntando por su madre recibían esta respuesta: "Mamá no está aquí. Está en el cielo". Su total convencimiento sorprendía a la mayoría de ellos.

Es confortante observar la habilidad que los niños tienen para adaptarse a la pérdida de familiares. Sin embargo, es necesario que se sientan amados y que reciban apoyo emocional. Como en todas las cosas de la vida, el Evangelio de Jesucristo provee el cimiento, la esperanza de la restitución y de la vida eterna.

Comentémoslo:

Sugerencias para las presentaciones de la noche de hogar

Las noches de hogar de los lunes en general tienen éxito en nuestra familia; el manual nos da la dirección básica. Pero a veces es muy difícil lograr una buena participación durante esas reuniones o en otros períodos de estudio.

"Para nuestra familia es fácil divertirse, pero cuando llegamos al punto de estudiar el evangelio, repentinamente todos parecen olvidar cómo se habla."

¿Tienen ustedes un problema similar?

Uno de los beneficios del Pro-

grama Dominical Integrado de reuniones es que durante el domingo la familia dispone de más tiempo, y se anima a los miembros a usar parte de ese tiempo extra para estudiar juntos el evangelio, aparte de hacerlo en las noches de hogar. Pero como no hay suficiente número de lecciones en el manual para todas estas oportunidades extras, ¿dónde obtener el material?

Las Escrituras, naturalmente, deben ser una de las fuentes principales; y las revistas de la Iglesia también pueden utilizarse a menudo. Muchos de los artículos de *Liahona*, por ejemplo, podrían ser adaptados fácilmente para una presentación: mensajes de la Primera Presidencia, discursos de la conferencia y otros, artículos sobre el casamiento, la familia y las necesidades de las personas, material actual de enseñanza en la Iglesia, programas de la Iglesia, cómo aplicar el evangelio a la vida diaria, experiencias inspiradoras ocurridas en el presente, etc.

Después de leer un artículo individualmente o en familia, traten de comentarlo y hacer preguntas respecto al mismo. Con los hijos mayores, evite preguntas fáciles que puedan ser contestadas sencillamente con un "sí" o un "no", o con una idea tomada del mismo artículo; en este caso las mejores preguntas son las que requieren consideración y análisis. Una sesión de comentarios puede ser ocasión para que los integrantes de la familia hablen abiertamente acerca de un cometido o problema específico o de un tema que les interesa en particular. Juntos pueden dar y buscar información y opiniones, hacer preguntas, deducciones y sugerencias, y muchas veces pueden llegar a conclusiones con las que todos estén de acuerdo.

Dirigiendo un período de comentarios

¿Cómo comenzar? ¿Qué hay que tener presente al dar inicio a una discusión? A continuación indicaremos nueve puntos (adaptados de

Cómo dirigir una sesión de comentarios: Sugerencias prácticas para los líderes, preparado por la AMM del Sacerdocio de Melquisedec para la conferencia de junio de 1973) que pueden ser útiles al intentar dirigir una discusión familiar.

1. *Establecer un ambiente adecuado para los comentarios.* Cada persona debe sentirse libre para contribuir, expresar sus ideas, pensar en voz alta junto a los demás, sin temor de ser objeto de burla. Ayude a los miembros de la familia a comprender que es bueno que todos no piensen en igual forma, y que los puntos de vista personales son importantes. Un himno y una oración para iniciar la reunión (preferentemente con todos sentados en círculo) son apropiados. No insista en que los presentes levanten la mano o vayan hablando por turno, especialmente cuando alguien tiene algo que decir. Mantenga una atmósfera libre y cómoda en la que no haya que sujetarse a reglas de orden estricto.

2. *Comenzar en forma creativa.* Si están comentando un pasaje de las Escrituras o un artículo o discurso tomado de *Liahona*, tal vez quieran leer en voz alta el material, o bien se podría asignar de antemano la lectura individual de éste. Pruebe otras formas de iniciar los comentarios: analogías, relatos, preguntas interesantes, ejemplos tomados del artículo, juegos, adivinanzas; o use algunos de los recursos disponibles en la biblioteca del barrio: filminas, cintas grabadas, mapas, láminas. Asegúrese de que su forma de obtener la atención lleve directamente al tema de la discusión y que los presentes entiendan claramente cuál es el propósito de la misma. Tenga cuidado de que la introducción no ocupe todo el tiempo.

3. Después de leer o repasar el artículo que comentarán, pase a las formas definidas en las que el material puede aplicarse a su familia. Si lo desea, podría hablar acerca del personaje central del artículo: ¿Qué hizo? ¿qué ganó con su experiencia? ¿en qué forma cambió su actitud? ¿qué habrían hecho ustedes en su lugar? ¿habrían respondido en la misma forma? O también podrían comentar la situación que se describe: ¿Por qué los acontecimientos se desarrollaron en esa forma? ¿cuáles son las otras soluciones que se podían haber buscado? ¿qué pueden hacer para evitar o producir la misma situación en su familia?

Tal vez quiera comentar la reacción de los presentes ante el artículo: ¿En qué forma los ha hecho sentir? ¿cuál es la diferencia que puede producir en su vida o en su familia? ¿qué se puede aprender de ese artículo?

Puede intentar comentar una idea determinada: ¿Están de acuerdo con la explicación que el autor da sobre esa idea? ¿cómo la definirían ustedes? ¿cuáles son las experiencias personales que los han llevado a sentir en esa forma?

Como director de un período de comentarios, no tiene que aportar todas las preguntas, sino que los demás integrantes de la familia pueden hacer las propias. Anímelos a expresar sus ideas respecto a lo que discuten.

4. *Mantener los comentarios enfocados sobre el tema.* Usted tiene la tarea de evitar, en forma bondadosa pero firme, que el grupo se aparte del tópico. Sin embargo, no se preocupe si los integrantes de la familia no dicen todo en la forma en que usted lo diría, o si la discusión

toma un camino distinto al que usted había previsto. Permita que los demás encaren el tema a criterio propio.

5. *Escuchar atentamente cada comentario.* Trate de entender el significado de cada comentario y anime a los demás a hacer otro tanto. En esta forma, los miembros de la familia, especialmente los hijos menores, reconocerán que lo que están diciendo realmente importa y se sentirán más inclinados a expresar sus ideas.

6. *Animar a todos a participar.* Evite que una persona o dos monopolicen la reunión. Trate de captar los sentimientos de algunos de los presentes que tal vez se sientan intimidados por los comentarios o la personalidad de los que hablan más, y anímelos a expresar sus propios puntos de vista. Dé a todos la oportunidad de decir algo. Toda vez que resulte apropiado, exprese su aprobación por los comentarios hechos.

7. *Evitar que el papel de director de la discusión sea demasiado dominante.* No crea que usted es el que tiene que responder a cada pregunta o añadir algo a cada comentario; dirija las preguntas a los presentes y pida que todos expresen sus ideas, comentarios o soluciones. Usualmente, los demás participarán más si el que dirige la discusión se muestra como parte del grupo.

8. *Resumir los comentarios al final de la reunión, o pedir a alguno de los presentes que lo haga.* No se limite a repetir lo que se dijo; trate de analizar el contenido. Pregunte si el resumen ha representado con exactitud las ideas que se han expresado.

9. *Evaluar la participación.* Pregúntese, y también a los demás, si todos se han sentido cómodos al participar y en qué forma podrían mejorar la próxima reunión.

Participando en una reunión de comentarios

A continuación aparecen algunas sugerencias para los participantes:

(1) Acepten la responsabilidad de expresar sus ideas y de contestar a las preguntas.

(2) Propongan preguntas aclaratorias; si ustedes están un poco confundidos, probablemente los demás también lo estén.

(3) No intenten llenar los silencios que se produzcan entre un comentario y otro.

(4) Escuchen atentamente a los demás, en lugar de limitarse a pensar acerca de lo que ustedes quieren decir inmediatamente.

(5) Dirijan sus comentarios a toda la familia, no solamente al que dirige la reunión o a una persona en particular.

(6) No se adueñen de todo el tiempo con comentarios demasiado prolongados.

(7) Permitan que los demás expresen sus propios puntos de vista, aunque éstos sean diferentes a los de ustedes. Eviten las contenciones; manténganse calmos. Si les parece que deben expresar un desacuerdo, sean sensibles, bondadosos y amigables.

(8) Ayuden a la familia a alcanzar conclusiones adecuadas al final de la discusión.

Y más importante aún, los miembros de la familia deben recordar que los propósitos de la discusión consisten en acercar más unos a otros, aprender más en cuanto al evangelio, ayudar a fortalecer la fe y el compromiso de vivirlo, y mantener abiertas las líneas de comunicación en el seno familiar.

EL HOGAR ERES TU

Esta poesía es dedicada a todas las madres del mundo.

Una familia ordinaria
entusiasmada se hallaba
cuando reunida charlaba
en una noche de hogar.

Entre diversas preguntas
que la lección contenía
"Qué es el hogar?" se incluía
como última actividad.

Los niños en su inocencia
prorrumpían en opiniones,
y en simples explicaciones
daban su contestación:

"El hogar es la sonrisa
que me das tan pronto llego;
es la ayuda si no puedo
hacer solo mis tareas."

"El hogar es la muñeca
que colocas en mi cama;
es lo que siento en el alma
cuando me cuentas un cuento."

"El hogar en el invierno
es el calor que me abriga
cuando por las noches frías
me cubres y me acaricias."

"El hogar en el verano
es el vaso de agua fresca
que me traes hasta la verja
cuando vengo de la escuela."

"¡Es un pastel de cumpleaños!"
"Es un regaño acertado."
"Es un beso prodigado,
o una lágrima vertida."

"¡Pues el hogar eres tú,
Madre sabia y cariñosa;
tú, que estás en cada cosa
que va moldeando mi vida!"

Olivia Rojas O., México

¡FELIZ DIA DE LA MADRE!

1.450 kilómetros descalzo

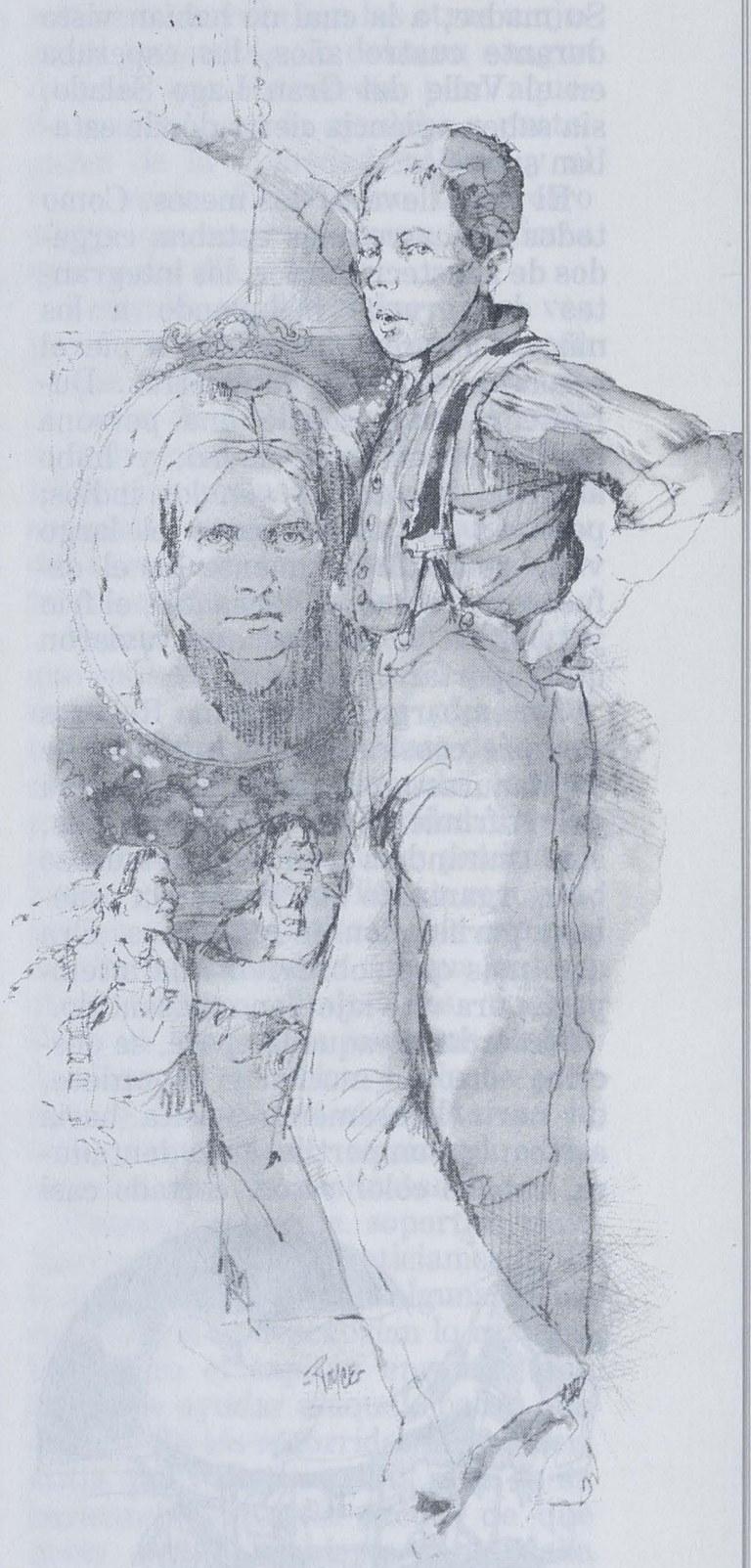
por Hal Knight
del cuerpo de redactores del Church News

Todos los años los mormones rendimos tributo, en todo el mundo, a un grupo que es parte vital de nuestro patrimonio espiritual: los pioneros que cruzaron las llanuras hasta Utah entre los años 1847 y 1869, cuando se terminaron las líneas del ferrocarril. Se calcula que en aquellos años, 70.000 hombres, mujeres y niños soportaron las dificultades de atravesar las desiertas praderas.

Efectuaron la travesía usando carretas, y también lo hicieron a pie, provenientes de muchos lugares y de diversos países, impelidos por la persecución que sufrían y por un espíritu de recogimiento, por un deseo de estar con otros que compartieran su fe y para establecer una vida mejor en un reino de Dios, tanto temporal como espiritual.

Cada uno de los que efectuó el cansador recorrido tuvo una historia para contar. La experiencia era común a todos, pero los detalles, el individuo y su reacción ante el viaje, hicieron que fuera algo diferente y particular la experiencia de cada uno.

B. H. Roberts, posteriormente renombrado historiador de la Iglesia, fue uno de los que se esforzaron a través de las llanuras desoladas; tenía diez años de edad y efectuó el viaje con su hermana, Polly, la que apenas contaba con dieciséis años. Estaban en una compañía de 375 personas que habían salido de Nebraska, cerca de Council Bluffs, Iowa, que había llegado a ser el



Dibujos por Warren Noyce, *Deseret News*

punto de partida para los pioneros, porque allí terminaba la línea ferroviaria. La fecha en que iniciaron el recorrido fue el 13 de julio de 1866. Su madre, a la cual no habían visto durante cuatro años, los esperaba en el Valle del Gran Lago Salado, sin saber a ciencia cierta dónde estaban sus hijos.

El viaje llevaría dos meses. Como todos los carretones estaban cargados de abastecimientos, los integrantes del grupo, incluyendo a los niños, tuvieron que andar a pie el recorrido de 1.600 kilómetros. Durante el viaje murió una persona por causa de enfermedad, y hubo algunas dificultades con los indios; pero en su mayor parte el largo viaje consistió solamente en el esfuerzo cotidiano, el cansancio, el frío y también el hambre que tuvieron que soportar.

Sin embargo, el hermano Roberts siempre consideraría la travesía de las llanuras no desde la perspectiva del sufrimiento o las dificultades, sino mirándola como un esfuerzo bien organizado que implicó la prueba y purificación de los santos. Era algo más que sobrevivir a la intemperie; era un viaje lleno de sentido.

Recordando aquella época, se describe como un muchacho regordete, de nariz ligeramente vuelta hacia arriba, con un portillo en la dentadura, cabello color ratón, cortado casi al rape, y vestido con ropa vieja y raída. Era un muchachito que tenía cierto sentido de malicia y curiosidad; algunas de sus dificultades en el viaje se debieron a su desobediencia a los reglamentos.

Por haber perdido los zapatos al comenzar la travesía, tuvo que recorrer descalzo 1.450 kilómetros. El recuerdo más vívido que durante años tuvo de la experiencia fueron los pies doloridos, sangrantes y llenos de cicatrices. Eso y las noches frías.

Los indios representaban un peligro. Vez tras vez se les advirtió a los niños que se mantuvieran cerca de los carretones. Los adultos contaban muchas historias acerca de la desaparición, la tortura o el rapto de muchos niños para cobrar un rescate. Pero tales relatos no fueron suficientes para hacer que B. H. Roberts (conocido entonces como "Harry") tuviera cuidado.

Con otro muchachito de su edad un día fueron a juntar moras en los matorrales, a orillas del río Platte. Se distrajeron y repentinamente se dieron cuenta de que el último carretón se perdía de vista.

Comenzaron a andar rápidamente, pero no corrían porque temían perder las moras que llenaban sus sombreros. En la cima de una colina fueron sorprendidos por tres indios a caballo; aquella aparición les causó un "terror inmenso" pero mecánicamente siguieron andando, mirando a los indios que desde sus cabalgaduras los observaban en silencio y con mirada firme. En el momento en que Harry pasaba cerca de uno de los indios, éste "dejó escapar un grito salvaje y penetrante"; los muchachos soltaron los sombreros con las moras y salieron a toda carrera para salvar la vida. Miraron hacia atrás

solamente una vez sin dejar de correr tan rápidamente como les era posible. Los indios se doblaban de risa montados en sus caballos.

Después de aquello, Harry obedeció las reglas del campamento por unos días; pero lamentablemente su obediencia recién nacida no duró mucho.

Animado porque se había programado el cruce de un río, un día el niño se alejó del campamento sin que nadie lo viera, temprano en la mañana, y se dirigió al río pensando que estaría a dos o tres kilómetros de allí; pero quedaba más lejos de lo que había pensado y no llegó hasta el mediodía. Cansado y con los pies ampollados por causa de los zuecos que calzaba, se acostó debajo de unos sauces y se durmió tan profundamente que la caravana pasó cerca sin siquiera despertarlo.

La última carreta había cruzado el río y se perdía entre los árboles de la otra orilla cuando Harry se despertó y se acercó a la ribera, gritando y moviendo los brazos; de la compañía le gritaron que cruzara a nado, así que se quitó la casaca y los zuecos y entró al agua. Había nadado ya las tres cuartas partes del cruce cuando perdió fuerzas; el capitán de la compañía entonces entró a caballo en el agua y lo sacó. Una vez en tierra firme, recibió una azotaina, que aguantó sin dejar escapar una protesta. "Me sentía sumamente afortunado por haber salido bien de aquella terrible situación", dijo después. Su hermana, Polly, se había sentido desesperada por su ausencia. La pérdida de la casaca y los zuecos fue un gran contratiempo; por la noche sentía la necesidad del abrigo y durante el día echaba de menos su calzado.

Harry y los demás varones de la caravana dormían en el suelo, debajo de las carretas o cerca de alguna. A pesar de estar todavía en verano, las noches eran frías; Polly, que dormía en la carreta con las otras mujeres y jovencitas, le daba su enagua después que obscurecía, pero aquella prenda poco lo ayudaba a protegerse de la humedad, el frío y el duro suelo. El niño no tenía otro abrigo que su propia ropa, la misma que usaba día y noche.

Estando en Wyoming, una vez juntó estiércol seco de bisonte con el que hizo una fogata, y se acurrucó cerca de las llamas para dormir; aquella noche durmió tibio y confortable por primera vez en muchas semanas, pero al despertar antes del amanecer, se encontraba cubierto con cuatro centímetros de nieve.

Puesto que no tenía zapatos, tuvo que recorrer descalzo casi 1.450 kilómetros. La piel de los pies se le resecó y obscureció a causa del sol y del polvo; mientras caminaba, la sangre le brotaba de las heridas. Era la estación en que las tunas producían higos, y el hambre lo llevó a recogerlos; en el procedimiento, las espinas agudas se ensañaban con sus pies ya atormentados. Todas las noches Polly se las sacaba mientras ambos lloraban: él de dolor y ella de piedad. A la mañana siguiente, se le veía nuevamente caminando con aquellos pies tan maltratados.

Cuando no podía soportar más, Harry trataba subrepticiamente de ir a caballo o subirse a alguna de las carretas; si lo descubrían lo castigaban, pero el capitán encontró una forma de ayudar a aquel "pobre chiquillo": En los recorridos largos permitía que Polly lavara la ropa de su hermanito y con la excusa de que debía estar a cubierto se le daba permiso para viajar en carreta mien-

tras su ropa iba colgada afuera para secarse.

Una vez, al cruzar un río, vio a una adolescente que a escondidas se subió a una carreta para no tener que mojarse en la corriente, y decidió hacer lo mismo; pero el vehículo se atascó en un arenal y quedó allí durante toda la noche con los dos chicos adentro. Durante la noche Harry perdió su posesión más querida: un cortaplumas de cuatro hojas que había podido comprar en Inglaterra como regalo para su madre, y había caído al agua en el río Platte, "perdido para siempre". En esa oportunidad Polly pasó otra noche atormentada, realmente temerosa por la desaparición de su hermanito.

Las bolsas de azúcar que había en la carreta de los comestibles se empaparon con el cruce de los ríos y el almíbar caía por entre los tablones del piso; Harry y los demás niños se acostaban debajo de la carreta y trataban de recoger dulces gotas; lamentablemente, les caía más almibar sobre la camisa y los pantalones, que en la boca.

En una ocasión, cuando se preparaban para una marcha nocturna, como se sentía terriblemente cansado, el niño planeó esconderse en una carreta; encontró un barril que creyó vacío y se metió el él; tuvo que ahogar un grito cuando las heridas abiertas de sus pies se hundieron en diez centímetros de melaza, pero no le quedó otro remedio que dormir allí. A la mañana siguiente, goteando melaza de pies a cabeza, salió de la carreta y fue recibido con gritos y risas. No había forma de sacarle la melaza, de manera que siguió con ella hasta "que el polvo y el aire la secaron y aliviaron en algo la molestia".

Por el problema de los piojos que lo habían invadido en el barco en el cual había viajado desde Inglaterra, le habían cortado el pelo muy corto al rape, tanto que casi parecía calvo. En un descanso que hicieron cerca de un campamento indígena en Wyoming, le atrajo la primera ceremonia de la pipa de la paz que él había visto y se puso a observar a los indios; pero él también constituyó para ellos una curiosidad. Cuando un indio le puso la mano sobre la cabeza y les gritó a los demás: "No cuero cabelludo para cortar", salió huyendo despavorido.

Después de salir del cañón y entrar al Valle del Gran Lago Salado, la compañía acampó en la ladera de las montañas. Al llegar las primeras luces del día siguiente todos salieron en procesión, pero Harry tenía que ir adelante como el tambor mayor en un desfile. Polly se escondió al ver la gente que llegaba para observar la última caravana de carretas, porque se sentía avergonzada de su ropa harapienta, de su cara quemada por el sol y de su cabello desgreñado: No vieron a nadie que hubiera ido a recibirlos; pero después de un rato, Harry vio a una mujer que le pareció conocida. Tirándole del vestido, le dijo: "¡Hola, mamá!" Ella, mirando hacia abajo, preguntó: "¿Eres tú, Harry? ¿Dónde está Polly?"

Cuando los tres se reunieron llorando, de vez en cuando la madre sonreía a través de las lágrimas "y parecía estar sumamente feliz", según dijo Harry más tarde.

Nota: Estos recuerdos de Roberts al cruzar las llanuras fueron tomados de un libro titulado Defender of the Faith, The B. H. Roberts Story *(La historia de B. H. Roberts, un defensor de la fe), por Truman G. Madsen. Publicación de Bookcraft, Inc. Usado con permiso.*

Un cuaderno de apuntes... o como se llame

por Janet Brigham

El primero lo compré hace varios años en una librería en Alexandria, Virginia. Por unos pocos centavos, era el cuaderno de notas menos pretensioso que pude encontrar. En aquel entonces yo no sabía que estaba iniciando un diario personal; solamente sabía que necesitaba un lugar en el cual organizar mis pensamientos.

Antes ya había escrito mis ideas en cualquier trozo de papel que resultara conveniente: al dorso de los recibos de diezmos, en programas de la Iglesia, en los pequeños espacios en blanco de los calendarios. A medida que iba perdiendo aquellos papeles, perdía el único registro de mis mejores ideas; había llegado el momento de hacerlas durar más.

Había guardado diarios personales desde que aprendí a escribir hasta llegar a los dieciocho años; pero las páginas pequeñas, del tamaño de una mano, no daban lugar para anotaciones minuciosas; y la palabra *Diario*, impresa en la cubierta, me parecía demasiado altiva, como si fuera el registro que llevaría un explorador en un viaje a la Antártica. En ellos solamente escribía en cuanto a las actividades de mi vida, nunca mis pensamientos. (Una anotación típica, por ejemplo: "Hoy casi fracasé en mi examen de historia, pero esta noche me llamó Miguel, mi compañero de la clase de francés".)

Había poco material emocional en esas anotaciones, pero al menos eran anotaciones. Lamentablemente, al comenzar la universidad, me encontré demasiado ocupada para llevar un diario.

Por lo tanto, cuando compré el cuaderno mencionado al principio, no estaba pensando en un "diario"; lo hice porque estaba cansada de perder aquellas ideas que podían servirme como base para buenos discursos en la Escuela Dominical. Al comenzar a escribir en el cuaderno de notas, me sentí fascinada por lo fácilmente que me salían las palabras, y comencé a esperar impaciente que llegara la noche, para escribir. A veces, durante el día, me escribía una nota indicando las ideas que pondría en el cuaderno al llegar la noche. Algunas veces me despertaba antes del amanecer y escribía fervientemente durante cinco minu-

tos . . . o una hora, sin la molestia de tener que pensar en levantarme y vestirme. Algunas noches hacía varias anotaciones; otras, ninguna.

Me gustaban los cuadernos baratos porque no me importaba si cometía errores en ellos, ni pensaba relatar allí los que cometía en la vida diaria. Comencé por apartar un tiempo específico para escribir; escribía siempre en el mismo lugar: sentada en el sofá, al lado de la lámpara. En los márgenes del cuaderno anotaba acontecimientos que fueran significativos, tales como una compra importante, o la fecha de la vacunación de mi gato. El espacio de rayas lo usaba para anotar mis reacciones del día, mis observaciones y conclusiones.

No fue sino cuando volví a la librería varios meses después para comprar otro cuaderno que comprendí que estaba llevando un diario personal; decidí entonces dar un nombre a la serie de cuadernos, mi nombre: *Janet*. El primer volumen, *Janet 1*, no había tomado exactamente la forma de un diario personal, siendo que les había puesto fecha solamente a unas pocas anotaciones y ninguna de ellas mencionaba actividades diarias ni impresiones. Al darme cuenta de que estaba llevando un diario personal, modifiqué el formato para saber al menos la fecha en la que escribía cada anotación. También se me despertó el interés en anotar dónde me encontraba cada día que escribía; y así noté que dondequiera que estuviera –viajando o quedándome con amigas vecinas– siempre era la misma persona, con la misma personalidad.

Una vez, al visitar a una amiga, comprendí el potencial del diario personal para impulsar el desarrollo espiritual y emocional. En una charla que tuve con una estudiante de filosofía que quería discutir sobre el evangelio, después de horas de conversación, escribí mucho acerca de mis creencias; ponerlas por escrito era como testificar. Aquella noche, al escribir, comprendí cuán explícita y honesta era yo con mi diario, probablemente más que con cualquier amistad. Por causa de la frustración que sentí con respecto a mi habilidad de pensar y expresarme, escribí:

"Mi mente ha sido como una aspiradora que succiona toda suerte de cosas: polvo y también polvo de oro. De manera que debo vaciar la bolsa y separar las partículas una por una hasta que solamente quede el oro."

Anotar mis ideas me dio ocasión de analizarlas. A veces, al escribir, comprendía que mi actitud estaba basada en el egoísmo o en juicio deficiente; otras, me sentía contenta al darme cuenta de que mis ideas eran buenas.

En algunas oportunidades me encontré riendo a carcajadas al releer las reacciones que había tenido ante las dificultades de cada día. Una vez, en un día malo para mí, anoté: "¡PUF!"", con letras que abarcaban quince espacios; eso me ayudó a sentirme mejor.

Después de un tiempo comencé a poner título a cada anotación. Uno de mis títulos favoritos –y de mis anotaciones predilectas– fue el que escribí cuando estaba tratando de desarrollar más fe; el título es: "La duda aparece y *Janet* lucha con firmeza". Algunos títulos reflejan una actitud más calma; uno en *Janet 3*, "Días y noches, y cosas que amo", contiene un párrafo que me encanta releer:

"Amo las noches frías y claras,

cuando puedo ver las estrellas y hablarles en voz alta. Y me gustan las mañanas por poder levantarme, estar viva y salir al aire libre cuando el día acaba de comenzar. Me gusta todo lo que se inicia, todo lo que se empieza a organizar. Y también las sábanas limpias, la ropa de dormir pulcra, el cuerpo limpio, el cabello aseado y una razón para ser feliz. Amo el mundo cuando en el alma me bulle la esperanza."

Mi alma no siempre bulle de esperanza; a veces lo hace de frustración. Cuando ése es el caso, puedo volver a la anotación rejuvenecedora que escribí aquella noche de septiembre; también encuentro ánimo en otra anotación, escrita poco después de aquélla: "*Cuando puedo llegar a entender por lo que estoy pasando, encuentro que la perseverancia se torna más fácil*".

No todas las anotaciones son profundas o interesantes. Pero todas, a su manera, indican mi conversión diaria al evangelio, mis luchas personales y mi gozo ante cada descubrimiento, precepto por precepto (D. y C. 98:12), de la vida; cada una ayuda a las demás a tener una perspectiva más clara y, no sólo refleja mi vida, sino que la afecta y viene a ser parte de ella.

En el transcurso de *Janet 4*, mi mejor amiga se mudó a otra ciudad. Yo escribí: "Sufro demasiado como para anotarlo". Y en *Janet 5*, después de haber escrito una carta desconsiderada que hirió a otra amiga, anoté en mi diario: "*A través de las muchas voces confusas que se dejan oír en mi mente, una voz calma parece invadirlo todo y me dice que este asunto no tendrá consecuencias*". Después de escribir acerca de esa "voz calma", le presté atención con más cuidado; la "voz" tenía razón. Posteriormente, al pedir perdón a mi amiga, ella me dijo que ya me lo había concedido.

Un día, al sentir que la vida era cruel para conmigo, comencé lo que ha llegado a ser una tradición; anoté un título así: "Cosas por las que estoy agradecida". Me sorprendí aquel día, como todavía me sorprendo, de cuán variadas y abundantes son mis bendiciones y cuán obscuras, y a veces cómicas, mis tribulaciones.

En el transcurso de mudanzas de un lado de los Estados Unidos al otro, en vacaciones, en cada montaña y meseta, los volúmenes de mi diario han sido amigos constantes que han estado en un estante o en una valija junto con mis ejemplares de los libros canónicos. Han llegado a ser un vehículo para resolver desafíos personales cotidianos.

Al iniciar esta costumbre de llevar un diario personal, pensé que anotaría pulcramente mis pensamientos más profundos, haciéndolos así más accesibles para cuando tuviera que dar discursos en la reunión sacramental; una o dos veces he usado el diario para eso, pero ésta es solamente una parte del beneficio total. El diario no es un libro de referencias sobre mi vida, ni un mapa de ella; no es tampoco un bosquejo. Es una obra dinámica, una obra de arte, aunque sin pulir.

La serie *Janet* continúa y ya se encuentra en su volumen decimoquinto. Algunos de ellos cubren un período de un año, otros de unos pocos meses. Soy la única persona que los ha leído todos y tal vez así sea siempre, por algunas décadas al menos. Los volúmenes han pasado de su estado de cuadernos comunes a lo que ahora son: libros de tapa dura y páginas sin rayas.

Me inicié en este arte cuando estaba en el octavo año escolar, en Tucson, Arizona, dice Richard Olson. *Estaba concurriendo a una clase de matemáticas con cuatro amigos cuando, cierto día, uno de ellos llevó un laberinto que había hecho e inició una competencia para ver cuál de nosotros podía preparar el mejor. Después de cierto tiempo los otros cuatro dejaron de hacerlos, pero yo aún sigo con ellos.*

Acostumbraba prepararlos en casa y luego los llevaba al liceo. Algunos de mis amigos se entusiasmaban con ellos y los copiaban, y eso me entusiasmaba a mí.

Cuando me mueve el impulso de preparar uno, me siento y pienso en filmes que he visto, en libros que he leído y en cualquier cosa que pueda darme una idea. He tomado clases de arte en todos mis años de estudio, pero no he llegado a ninguna técnica particular para usar en la preparación de los laberintos, aunque me gusta iniciar y seguir una senda particular casi hasta el final para detenerme en un punto muerto, antes de crear, por fin, el sendero que lleve a la salida. Usualmente me siento y comienzo a dibujar y la idea se resuelve sola a medida que avanzo.

Fue el padre de Richard quien primero pensó en publicar en un tomo los laberintos preparados por su hijo, a fin de producirle ganancias para su misión.

Los libros no se vendían muy bien al principio, pero luego recibimos más pedidos que libros y tuvimos que imprimir más.

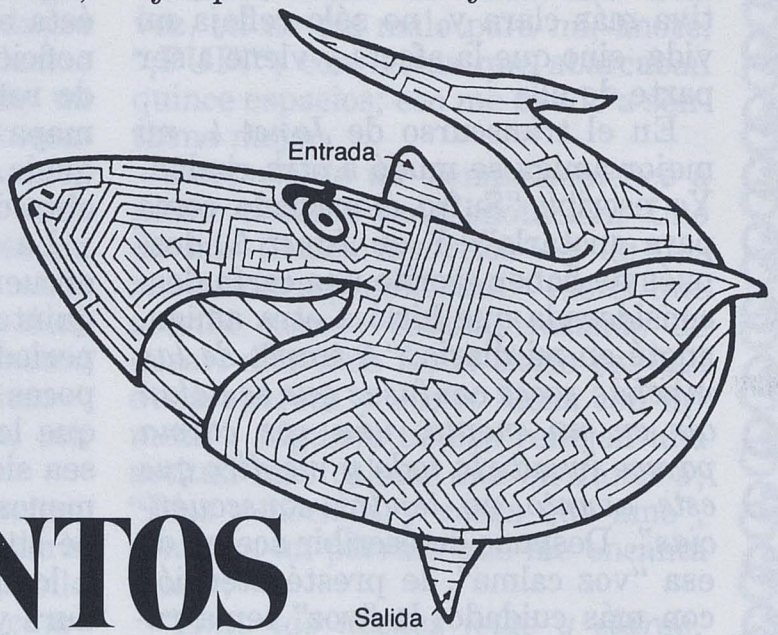
En la actualidad ha publicado más de 1.000 ejemplares.

Hoy en día Richard está sirviendo como misionero en la Misión Texas–San Antonio, y los laberintos se han tornado menos importantes.

En el campo misional, dice él, *no tengo tiempo para dibujar siquiera uno, porque eso me lleva entre dos y tres horas. Además, hay cosas más importantes para hacer.*

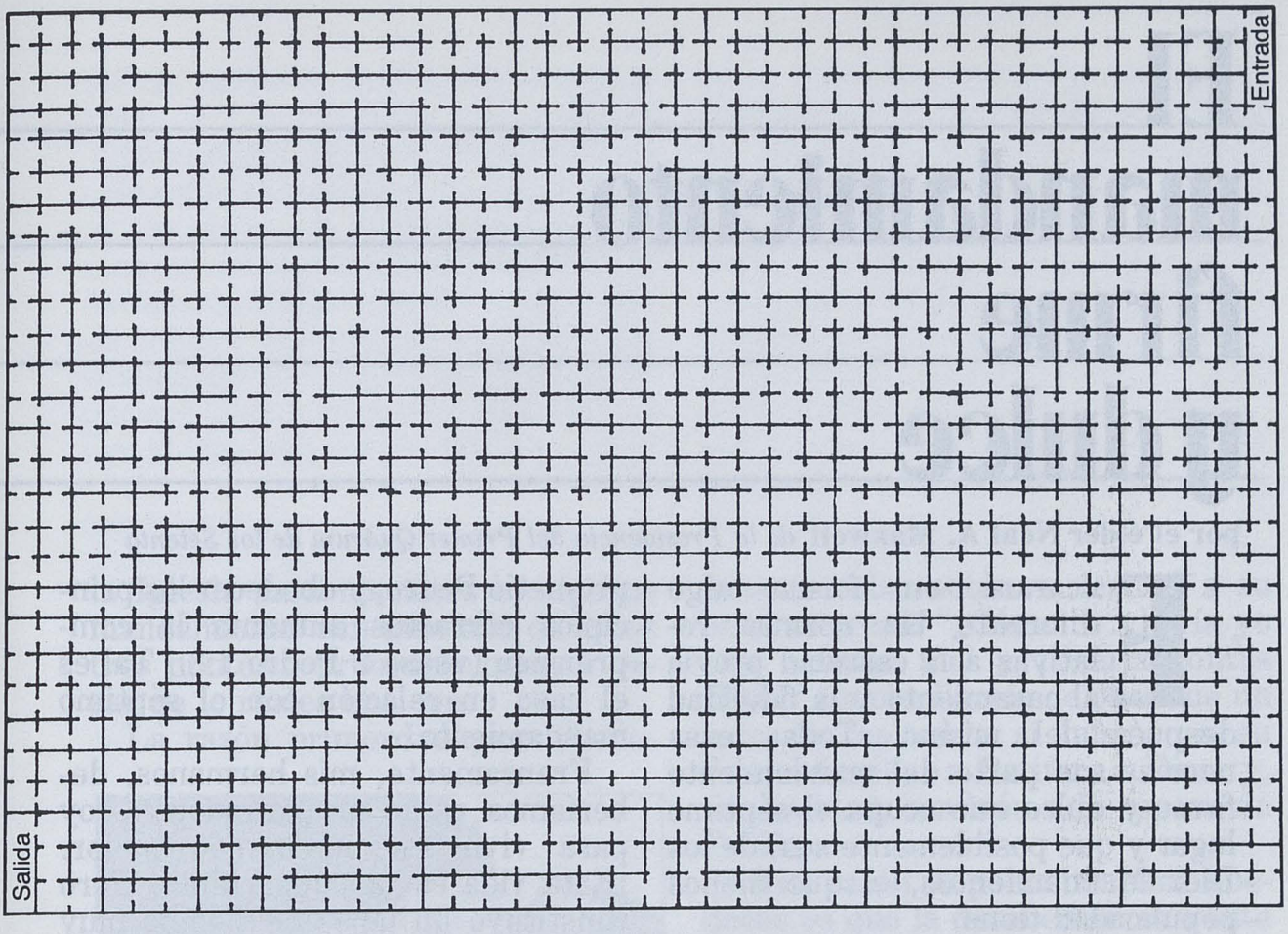
Al volver a su hogar, probablemente retorne a la mesa de dibujo.

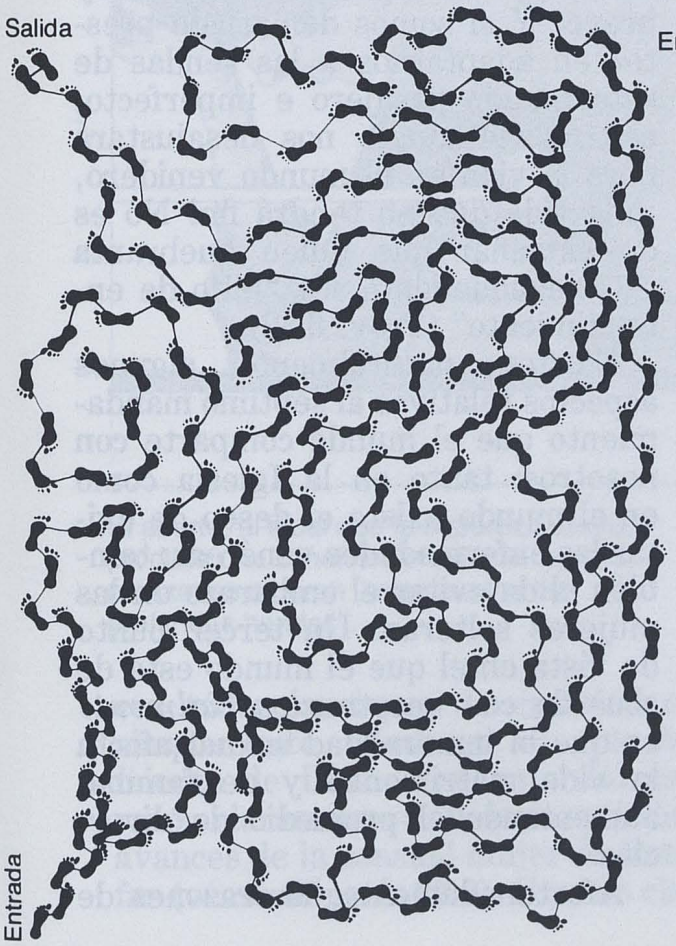
A continuación incluimos algunos ejemplos de su trabajo.

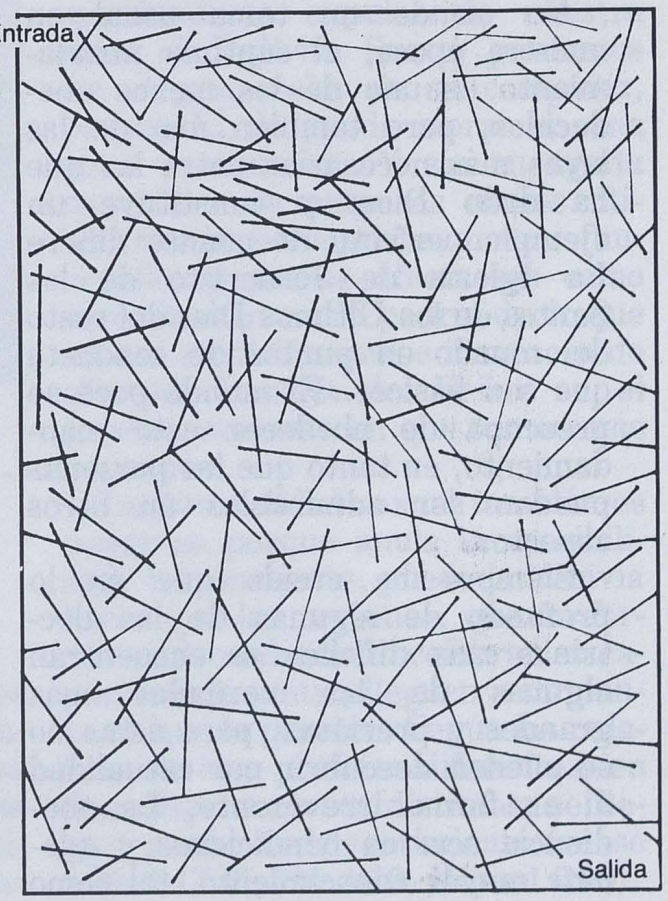


por Maxwell T. Stone

LABERINTOS


Entrada
Salida


Salida
Entrada


Entrada
Salida

El mandamiento firme y dulce

por el élder Neal A. Maxwell *de la Presidencia del Primer Quórum de los Setenta*

Encararé en forma algo diferente las normas relativas a la castidad previa al casamiento y la fidelidad después del mismo. Todas esas normas son parte del mandamiento firme y dulce que ocupa el séptimo lugar y que posiblemente sea, de los Diez Mandamientos, el que menos popularidad tiene.

No siendo un tema usual en nuestra época, el séptimo mandamiento es uno de los menos obedecidos, pero también una de las leyes más necesarias entre las que ha dado Dios; y constituye un ejemplo perfecto de cuánto difiere La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días del resto del mundo en puntos de conducta que son básicos. El mundo poco se preocupa de obedecer este mandamiento, en tanto que las personas puedan ser admirables en otros aspectos.

Siempre he creído que en lo profundo de algunas de las doctrinas más difíciles se encuentran algunas de las verdades más grandes y preciosas; pero éstas no se pueden descubrir por casualidad ni en forma irreverente. La obediencia acarrea bendiciones y *además* mayor conocimiento, tal como prometió Pedro; y obedecer los principios correctos aumenta la comprensión (véase 2 Pedro 1:8). Tal es el caso en relación con el séptimo mandamiento.

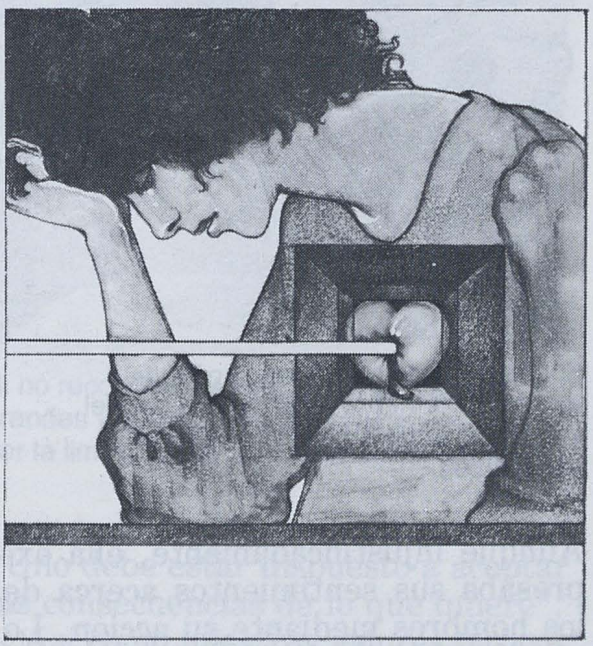
Francamente, mis hermanos, deberíamos estar preparándonos hoy para vivir en un mundo mejor. ¡Esta vida es tan importante! Pero constituye un lapso de tiempo muy breve. Y si somos demasiado prestos en adaptarnos a las sendas de este mundo pasajero e imperfecto, ese mismo ajuste nos desajustará para la vida en el mundo venidero, ¡una vida que no tendrá fin! No es de extrañar que quien quebranta este mandamiento sea "falto de entendimiento" (Prov. 6:32).

Existen, naturalmente, algunos aspectos relativos al séptimo mandamiento que el mundo comparte con nosotros: tanto en la Iglesia como en el mundo existe el deseo de evitar las enfermedades venéreas; también el de evitar el embarazo en las mujeres solteras. Un tercer punto de vista en el que el mundo está de acuerdo con nosotros *parcialmente* es que la inmoralidad sexual afecta la vida matrimonial y de familia, aumentando el promedio de divorcios.

Afortunadamente, las razones de

la Iglesia para obedecer el séptimo mandamiento van más allá de estos tres puntos o preocupaciones, a pesar de lo reales que son.

La razón primordial para obedecer todas las leyes de castidad es simplemente obedecer el mandamiento de Dios. José entendió esa razón claramente cuando resistió los avances de la sensual mujer de Potifar (véase Génesis 39:9). Cuando claramente hizo notar su lealtad a su amo, expresó: "¿Cómo . . . haría yo este grande mal y pecaría contra Dios?" La obediencia de José fue un acto de lealtad a sí mismo, a su futura familia, a Potifar, a Dios, y, en realidad, también a la esposa de Potifar.



El aborto, al igual que la impureza sexual, produce una condición en la que muchos corazones mueren "traspasados de profundas heridas".

Otra razón importante para obedecer es que la desobediencia a este mandamiento expulsa de nuestra alma al Espíritu Santo; perdemos así el gran valor de su compañía, porque El no puede morar en una alma pecaminosa. Y sin su ayuda nos volvemos entonces menos útiles, menos perceptivos, menos funcionales y menos afectuosos como seres humanos. Se podría decir que en esa condición somos incapaces de efectuar la obra del Señor en el preciso momento en que somos más necesarios.

La inmoralidad sexual también es peligrosa porque anula la sensibilidad. Irónicamente, puede la lascivia hacer que las personas, que en forma equivocadamente celebran su capacidad de sentir, lleguen a un punto en que la pierdan. Según las palabras de *tres* profetas diferentes, en *tres* dispensaciones distintas, se llega a perder todo sentimiento (véase 1 Nefi 17:45; Ef. 4:19; Moroni 9:20).

Norman Cousins advirtió: "La gente que insiste en ver todo y en hacer todo, corre el riesgo de no sentir nada . . . Nuestras reacciones más elevadas se van adormeciendo sin que lo sepamos" ("See Everything, Do Everything, Feel Nothing", *Saturday Review*, en. 23 de 1971, pág. 31).

Si perdemos nuestra capacidad de sentir es porque hemos destruido la habilidad que el alma posee: la sensibilidad, y así habremos adormecido nuestra capacidad de apreciar los refinamientos y la gracia que corresponden a ese mundo mejor hacia el cual nos dirigimos.

Nuestra sociedad egoísta tiende a vivir sin preocupaciones, apartándose de todos los que puedan representar una obligación: amistades, parientes y hasta cónyuges. El abandono es uno de los estados finales del egoísmo en el cual el individuo no tiene deseo alguno de arriesgar un compromiso de naturaleza duradera, ni de que se dependa de él para nada.

Al mismo tiempo, otra razón que acompaña a la necesidad de obedecer el séptimo mandamiento es que la falta de castidad rebaja la autoestima porque en realidad estamos pecando contra nuestra naturaleza y contra quienes realmente somos (véase 1 Cor. 6:18, 19). En mi opinión, también estamos dejando atrás promesas hechas en el mundo preexistente, promesas que están impresas en forma sutil e indeleble en nuestra alma.

La falta de castidad también impacta severamente a otras personas. El padre que se posesiona de la rara idea de que su adulterio es justificado no capta cabalmente el impacto de tal acto sobre su esposa e hijos. Su desobediencia a este mandamiento afecta también a los demás.

Hace dieciocho años, como obispo de un barrio de estudiantes adyacente a la Universidad de Utah, traté en vano de mantener unida a una pareja de jóvenes. La esposa había sido infiel; y al intentar ayudar a comprender, me enteré de que cuando niña aquella mujer había descubierto que su padre era adúltero.

Si nuestra mente se llena con ideas erróneas, no habrá lugar en ella para el verdadero amor a Dios y a nuestros semejantes.

Aunque injustificadamente, ella expresaba sus sentimientos acerca de los hombres mediante su acción. Lo que hacía entonces no constituía amor. Varios años después de mi relevo como obispo, leí una historia en un diario local acerca de ella, y supe que había sido arrestada por ejercer la prostitución. No sé dónde se encuentra hoy en día, pero no puedo apartar de mi mente las palabras de Jacob, cuando condenó a los padres infieles que habían perdido la confianza de sus hijos por causa

de sus malos ejemplos (véase Jacob 2:35).

Del mismo modo, las decenas de miles de jóvenes solteros que viven en concubinato representan una enorme brecha abierta en la forma de vida familiar correcta, y sus consecuencias en nuestro medio social se dejarán sentir todavía en muchas generaciones venideras. Un sabio filósofo francés, Bainville, advirtió:

Si no reconocemos con acciones estas grandes verdades nos veremos aprisionados por la limitación de un impulso y un apetito.

"Uno debe estar dispuesto a aceptar las consecuencias de lo que quiere".

Así como nuestros valores básicos se entremezclan, también las instituciones básicas actúan en interdependencia. No podemos corromper a nuestras familias y esperar tener buenos gobiernos; por ejemplo, el sugerir mediante nuestra conducta que los mandamientos no tienen importancia produce el caos; así un padre de familia tal vez justifique el desfalco; el hijo, al crecer probablemente justifique el adulterio; y el nieto, una vez adulto, tal vez justifique la traición. Si la desobediencia no está fuera de lugar, entonces cada uno puede escoger el mandamiento que quebrantará.

Estas y otras de nuestras preocupaciones van mucho más allá de la que siente el mundo por las enfermedades y el embarazo. Pero como dijo Pablo, la Iglesia debe ser resueltamente "columna y baluarte de la verdad" (1 Tim. 3:15). El interés de la Iglesia en la obediencia al séptimo mandamiento —interés que se puede sopesar de acuerdo con su programa de entrevistas entre líderes y miembros—, es casi único en el mundo de hoy día, y se trata de un hecho premeditado.

Otra de las consecuencias, de la burda inmoralidad sexual con su insensibilización es que comienza a despojar al hombre de la esperanza. A medida que el individuo se ve vacío de esperanza, la desesperación rápidamente se posesiona de él, pues, como dijo un profeta, "la desesperación viene por causa de la iniquidad" (Moroni 10:22). De este modo, la iniquidad y la desesperación se refuerzan mutuamente en forma aterradora.

La alienación tan extendida en la tierra se debe, en medida significativa y mucho más de lo que imaginamos, a la burda inmoralidad sexual ante la cual caen fe, esperanza y caridad.

El historiador estadounidense, Will Durant, en su monumental historia de la humanidad, dice que el sexo es como un río de fuego: Debe ser controlado por cientos de restricciones, pues de otro modo tanto el individuo como el grupo al cual pertenece serán destruidos.

Mi consejo final a vosotros está contenido en estas observaciones

adicionales:

1. Resistid las persuasiones del mundo y encontraréis que si resistís, también otros resistirán . . . y unos serán una sorpresa para vosotros.

2. Así como no permitiríais que entre nadie a vuestra casa con el calzado cubierto de barro, no permitáis a nadie que ensucie vuestra mente con barro.

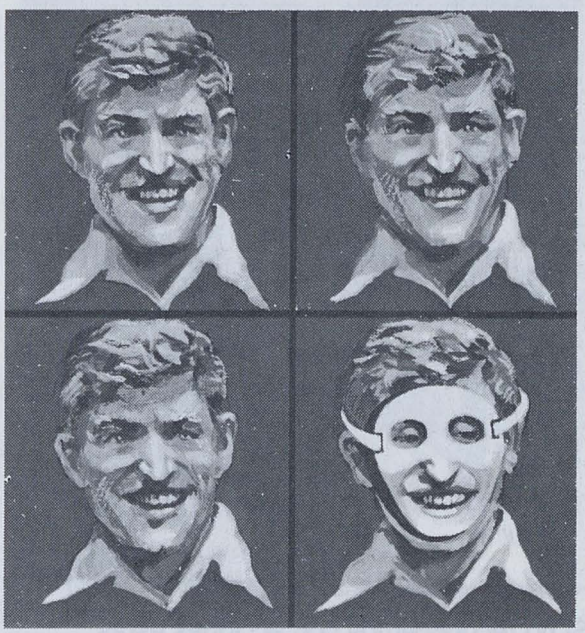
3. Estableced vuestro firme eslabón personal en una cadena de castidad y fidelidad familiar, de manera que pueda proyectarse de los abuelos a los padres, a los hijos y luego a su posteridad; estar así eslabonados en estar unidos en la relación afectuosa más fuerte es afirmar mediante vuestras acciones que creéis en los mandamientos a pesar de lo que está aconteciendo en el mundo que os rodea.

4. No perdáis el tiempo cultivando amistad con fornicarios, no porque os consideréis demasiado buenos para ellos, sino porque no sois suficientemente fuertes; recordad que las malas situaciones pueden destruir aun a la gente más buena. José tuvo el buen sentido y unas buenas piernas como para huir de la esposa de Potifar. (Véase Gén. 39:6-12.)

5. Al lado del tradicional varón egoísta y voraz, aparece ahora la mujer igualmente voraz y egoísta; dirigidos por el apetito, ambos tienen una falsa idea de lo que es la libertad y aplican la misma clase de libertad sin sentido que tenía Caín cuando, después que desobedeció un mandamiento y dio muerte a su hermano Abel, irónicamente dijo: "Estoy libre" (Moisés 5:33).

6. Si habéis cometido un error, recordad que tenemos el glorioso evangelio del arrepentimiento; el milagro del perdón espera a todos los que sinceramente se sientan apenados y den los pasos necesarios para merecerlo. Recordad, sin embargo, que éstas son situaciones en las que el alma debe primero arder de vergüenza, pues solamente mediante una limpieza real puede lograrse una verdadera purificación. Pero el camino hacia el arrepentimiento es real y está al alcance de todos.

7. Si llegáis a sentir el impulso de hacer algo malo, actuad en contra de él mientras es todavía débil y la voluntad todavía es fuerte. Si demoráis, os daréis cuenta de que la fuerza de voluntad se va debilitando a medida que el impulso se va haciendo más fuerte. Manteneos comprometidos de corazón en cosas buenas, pues la pereza tiene una forma de persistir en hacernos creer erróneamente que está bien el pensar primero en nuestro propio placer.

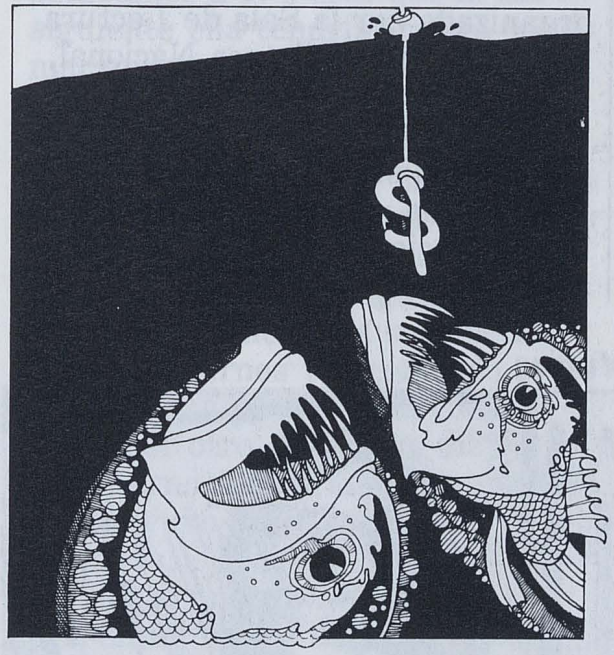


El mundo poco se preocupa de obedecer este mandamiento, en tanto que las personas puedan ser admirables en otros aspectos.

8. Debemos despreciar los peca-

dos del mundo. No debemos menospreciar a la gente del mundo, sino amarla; pero debemos despreciar todos sus pecados. La burla y el escarnio del mundo son pasajeros. Santiago, que no se quedaba callado cuando se trataba de decir la verdad, aconsejó: "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" (Stg.4:4.)

9. Recordad: No podáis permitir



Al lado del tradicional varón egoísta y voraz, aparece ahora la mujer igualmente voraz y egoísta; dirigidos por el apetito, ambos tienen una falsa idea de lo que es la libertad. . .

que aquellos que están en error decidan la forma en la que vosotros debéis vivir, porque quienes alardean de sus conquistas sexuales solamente están alardeando de algo que en realidad los ha conquistado a ellos.

Evitando los males y las consecuencias de la impureza sexual nos hacemos merecedores a las bendiciones que siempre acompañan a los que guardan los mandamientos. Si obedecéis el séptimo mandamiento, ciertamente resultará lo siguiente:

A. Tendréis la bendición de estar en armonía con Dios y con su ley.

B. La obediencia también os acarreará la bendición de conocer y alcanzar todo vuestro potencial. El evangelio nos ayuda a autoevaluarnos, no sólo por lo que somos sino por lo que podemos llegar a ser.

C. Obedecer el séptimo mandamiento os traerá la bendición de la autoestima.

D. El cumplimiento de este mandamiento os bendecirá con la libertad de la más opresiva de todas las tiranías: la de nuestros propios apetitos; por lo tanto, os hará más libres.

E. Al aprender a actuar sabiamente por vosotros mismos en lugar de veros sometidos por vuestros apetitos, llegaréis a conocer la bendición del verdadero libre albedrío (véase 2 Nefi 2:26).

F. Tendréis también la bendición significativa de progresar más rápidamente que recibimos cuando tomamos decisiones en las que *rechazamos el mal y elegimos el bien*. No es suficiente alcanzar un punto en el que el pecar nos produce placer, sino que debemos tener hambre y sed de justicia.

G. Además, hay la importante bendición de la integridad del alma que lleva a la rectitud y a una valiente sinceridad.

Mis jóvenes amigos, las desviaciones de los mandamientos de Jesucristo os harán menos cristianos, y parte de ser un verdadero cristiano consiste en obedecer el séptimo mandamiento. Que podáis reconocer que solamente manteniendo la castidad antes del casamiento y la fidelidad después de él, vuestro gozo será completo. Esta es mi oración en el nombre de Jesucristo. Amén.

ESTA ES SU SECCIÓN

NOTICIAS DE LA IGLESIA

Cuentos premiados

El 26 de mayo último, el Ministro de Educación y Cultura de la República Oriental del Uruguay, Dr. Daniel Darracq, inauguró la muestra bibliográfica de la producción editorial del año pasado. Luego se procedió a entregar a los autores, así como a sus respectivas profesoras y directoras, los libros del Concurso de Cuentos organizado por la Sala de Lectura Infantil de la Biblioteca Nacional, con la participación de escolares de nueve a doce años, quienes escribieron sus cuentos en la sala mencionada. Los publicamos aquí sin correcciones, tal como sus autores los escribieron.

Heber Ferraz-Leite Ludzik e Irene Asturias

La sorpresa de mamá

por Irene Asturias

Aquel 3 de abril me desperté pensando en algún otro regalito que le pudiéramos hacer mis hermanitas y yo a mamá, además de los que ya habíamos dibujado, recortado, cosido y tejido para su cumpleaños.

Me desperté pensando que estábamos a 4, o sea, que al día siguiente ella tendría treinta y seis maravillosos años.

Luego de vestirme y desayunar llamé a Eugenia, la "de antigua nobleza," y a Eunice, "la que logra nobles conquistas", para considerar con ellas qué más regalarle, y tras pensarlo hicimos el siguiente plan. Alistar el mantel, las servilletas, algunos adornos y esconderlo todo. Disimular y pasar el día como cualquier otro. Y al otro día levantarnos tempranito, prepararle el desayuno y darle la gran sorpresa.

Pero al anochecer se nos presentan varias dudas. ¿Cómo levantarnos antes que mamá, si ella siempre nos despertaba a nosotras? ¿Cómo asegurarnos de no hacer ruido si es que lográbamos levantarnos de manera que ella no lo notara? Nuestras esperanzas eran pocas, aún así estábamos decididas a tratar de sorprender a nuestro ser más querido. Nos acostamos temprano y pronto nos dominó el sueño.

En la madrugada, a eso de las seis, como por arte de magia, Eugenia y yo nos encontramos de pie dirigiéndonos con mucha cautela hacia el escondite. Empezamos a adornar el apartamento sin darle mucho tiempo a nuestra hermanita menor, pues sabíamos que era difícil para ella, quien sólo tenía cuatro años, levantarse tan temprano. Además, dormía en el cuarto de mamá y debía tener muchísimo cuidado para no despertarla.

Cuando terminamos de llevar a cabo los preparativos fuimos en busca de Nelvis, una joven de Florida que vino con el propósito de ayudar en las tareas domésticas. La levantamos, pues ella también deseaba participar. Eunice por su parte había logrado escapar para reunirse con nosotras.

Mis hermanitas se escondieron debajo de la mesa del comedor, mientras Nelvis y yo nos ocultamos tras la heladera. Papi ni sabía, ni se había despertado.

Después de un rato, escuchamos los pasos de mamá. También oímos cuando abría las canillas del baño. Por fin, vimos acercarse un rostro, el cual, por supuesto, era el de ella. Aún escondidas cantamos, "Feliz cumpleaños". Ella, asombrada y con su sonrisa de siempre, se dirigió al lugar de donde provenían nuestras voces.

Después, cuando ya estábamos comiendo ella de repente dijo, "Pero, ¿qué día es hoy?" Nosotras respondimos que era 5 de abril y ella dudosa pidió, "Pásenme el calendario por favor". Todas la rodeamos mirando con atención el almanaque y nos dimos cuenta de nuestra equivocación, así que comenzamos a reír.

Papi aún seguía en la cama, aunque normalmente se hubiera levantado para acompañarnos con su acordeón. Y así fue que sucedió una sorpresa de una madre feliz, en un día equivocado.

La hermanita Irene Asturias pertenece a la Estaca Montevideo Oeste, Uruguay, y es hija del hermano Ramiro Asturias Zamora, Primer Secretario de la Embajada de Guatemala y de la hermana costarricense Marta Eugenia Coronado Moya de Asturias. Nació en Antigua, Guatemala, el 27 de noviembre de 1969. Irene ha estudiado en el Colegio Montessori de Guatemala; en Brigham Young University Nursery School de Provo, Utah; en el Haggerty School de Cambridge, Boston, Massachusetts y en el Ivy Thomas Memorial School de Montevideo, cursando en 1980 el quinto grado en la Escuela Grecia. Aunque ha leído muchos libros en inglés, en su casa siempre ha usado el castellano, idioma que también ha predominado en su correspondencia. Como actividad extraescolar, Irene aprende ballet en la Escuela Nacional de Danza.

Una larga espera

por Heber Ferraz-Leite Ludzik (12 años)

Esperaba . . . esperaba.
No hacía otra cosa, sólo esperaba.
No sé cuánto tiempo estuve así,
Quizás cientos, miles, quizás millones de años.
No lo sabía, porque el tiempo aún no existía.
En realidad, no sabía quién era.
No tenía nombre, ni edad, ni sexo; sólo esperaba.
De pronto, no sé bien en qué momento,
Todo empezó a cambiar.
No fue algo brusco, sino algo lento, muy lento.
Sentía el cambio en mis células
Que se iban multiplicando.
Al principio, sólo era una pelotita chiquita,
Tan chiquitita, que nadie se daba cuenta de que yo existía.
Yo quería gritar, hacer algo . . .
Pero no podía, entonces decidí
Crecer más y más aprisa.
Casi por milagro, me fui formando.
Hasta que un día, me di cuenta de que tenía manos.
Casi sin darme cuenta, me fui tocando.
En ese momento, me di cuenta de que tenía ojos,
una nariz, pies . . .
Que tenía un corazón que latía.
Entonces lo supe, ¡yo era un niño!, ¡yo era un niño!
Desde ese momento sólo quise una cosa, nacer.
Había un mundo entero esperándome.
Por eso no esperé nueve meses;
Por eso, un 24 de enero, a los 8 meses
De estar en el vientre de mi madre,
Supe que era un niño, y ese día . . .
Nací.

El hermanito Heber Ferraz-Leite Ludzik nació el 24 de enero de 1969 en Montevideo, Uruguay, y pertenece a la Estaca Montevideo, Oeste, Uruguay. Es hijo del hermano Heber Ferraz-Leite, uruguayo, y de la hermana Elzbieta Ludzik, nacida en Alemania, de origen polaco. Heber es el mayor de tres hermanos.

Su padre es doctor especializado en neurocirugía, y se encuentra actualmente en Viena, Austria, con una beca para estudiar técnicas de microcirugía de

irrigación cerebral alterna.

Su madre es doctora especializada en psiquiatría.

Heber cursa actualmente el sexto año de primaria en la Escuela Nº60 "José Figueira", también estudia inglés en la Alianza Cultural Uruguay-EE.UU., y está en 4º año de estudio de piano; además, toma clases de arte escénico desde hace un año, lo que lo ha llevado a trabajar en la Compañía Elida Acosta que presenta teatro infantil patrocinado por el Ministerio de Educación y Cultura.

Participó en el concurso en una forma casual, ya que un compañero de la clase de inglés lo invitó a ir a la Biblioteca Infantil y allí se enteró de que a los pocos días se efectuaba un concurso de cuentos escritos por niños. Solicitó la autorización de su madre, la que no tuvo ningún inconveniente en que él participara. Se inscribió de inmediato y luego tuvo que presentarse el día indicado para redactar el cuento en la sala de la misma Biblioteca. Días después se le invitó a ilustrar el cuento.

Un uruguayo ha sido llamado a servir en la Mesa General de los Hombres Jóvenes

Oscar Omar Canals, de 32 años, nativo de Montevideo, Uruguay, ha sido llamado a servir como miembro de la Mesa General de los Hombres Jóvenes. Es sumo sacerdote en el Barrio 5 de Hunter, Estaca Hunter Este, Utah, y ha estado enseñando la clase de relaciones familiares en la Escuela Dominical.

El hermano Canals ha sido jefe de tropa de los niños exploradores del programa Scout, coordinador de Escultismo de estaca y presidente de los Hombres Jóvenes de la estaca. Ha sido además director de comunicaciones públicas de estaca. Desde que está en los Estados Unidos con su familia ha servido dos misiones de estaca, y es supervisor del Departamento de Traducciones en español, en las Oficinas Generales de la Iglesia.

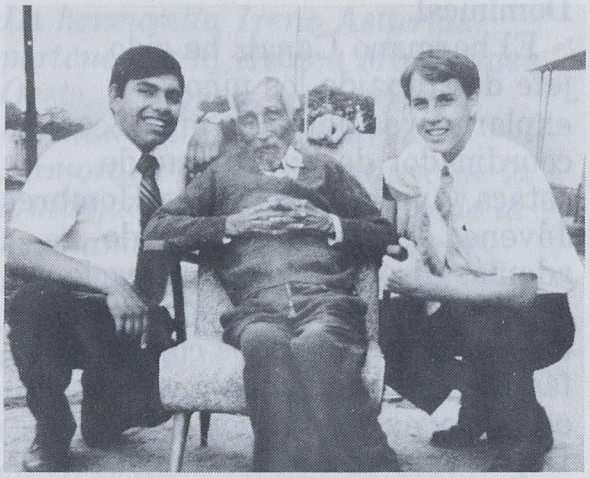
El nuevo miembro de la mesa está casado con la hermana Beatriz Belhot, también de Uruguay, y tienen cinco hijos. El hermano Canals reemplaza al hermano Max L. Pinegar quien ha sido llamado para dirigir los Servicios Sociales de la Iglesia en el Area de Dallas–Fort Worth.

Un hombre de 116 años y su familia se unen a la Iglesia en Argentina

Cuando nació Nicolás Santucho, Abraham Lincoln trataba de unir un país dividido por una sangrienta guerra civil, y Brigham Young trataba de edificar el reino de Dios en el Gran Valle.

Ciento dieciséis años después, Nicolás Santucho experimentó otro tipo de nacimiento cuando fue bautizado para convertirse en un miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Ultimos Días en Cañada de Gómez, Argentina, junto con más de cincuenta de sus descendientes.

"Casi todo lo que le sucedió a este hermano ha sido verdaderamente un milagro," dijo



Los élderes Juan Carlos Vargas (a la izquierda) y Corwin H. Brink acompañan al hermano Nicolás Santucho.

Angel Abrea, Presidente de la Misión Argentina–Rosario, hablando de la vida del hermano Santucho que abarca más de once décadas.

Cuando era niño trabajó en el campo, en los alrededores de Cruz del Eje, Argentina, ciudad en la que nació. Años después pudo dejar ese trabajo para ser vendedor viajante. Fue durante uno de esos viajes cuando conocio a Juana Retamoso, la joven de 14 años que pocos meses después se convirtió en su esposa.

Ese matrimonio ha perdurado por 72 años, y la pareja tuvo 17 hijos, 12 de los cuales todavía viven. La hermana Santucho se unió a la Iglesia una semana después de su marido. "Ella necesitó más tiempo porque es más joven", dijo el hermano Santucho hablando de su esposa de 86 años.

A pesar de sus muchos años, el patriarca de cuatro generaciones conserva una mente clara y alerta. El ignora con sencillez y fe características los pedidos de los diarios y revistas nacionales que quieren saber el secreto de su longevidad.

"No hay secreto para tener una larga vida", dijo. "Yo he vivido porque ésa es la voluntad de Dios". Ambos sirvieron misiones regulares en México.

Fue creada una misión en la República Dominicana

El 1º de enero pasado se organizó en la República Dominicana la misión número 190 de la Iglesia, y la segunda en un país en el que predomina la gente de color. La primera se organizó en Nigeria, el 1º de julio pasado.

Para presidir la misión ha sido llamado el hermano **John A. Davis** a quien acompaña su esposa, **Ada.** La nueva misión se llama Misión de República Dominicana–Santo Domingo, zona que anteriormente pertenecía a la Misión de Puerto Rico–San Juan, y que ahora abarca toda la República Dominicana. Allí hay un distrito con 2.500 miembros que están distribuidos en 20 ramas. El país tiene una población de cinco millones y medio de habitantes, la mayoría de los cuales hablan español, aunque muchos también hablan inglés.

Los misioneros entraron por primera vez en la República Dominicana en 1978, después que se recibió la revelación concerniente al sacerdocio. La población de la Iglesia está compuesta de miembros conversos desde ese entonces.

Desde el 1º de enero la Misión de Puerto Rico–San Juan incluye Puerto Rico, las Islas Vírgenes, Guadalupe, Dominica, Martinica,

Santa Lucía, Barbados, San Vicente y Granada, una cadena de islas llamadas Antillas Menores.

La Misión de Puerto Rico–San Juan fue creada en 1979, en una división de la Misión Florida–Fort Lauderdale. Esta misión retiene las islas del Caribe, Cuba, Jamaica, Haití y Bermudas, además de los Cayos de Florida y la parte sur de dicho estado.

El presidente Davis tiene 62 años de edad y nació en Benson, Arizona; está casado con la hermana Ada Whitten y tienen cuatro hijos. El ha servido como consejero de obispo, obispo, miembro del sumo consejo y ha tomado parte activa en Escultismo.

La hermana Davis nació en Chihuahua, México. Ha sido acompañante musical, directora de música y maestra en las organizaciones auxiliares, y presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio.

Fe de errata: En nuestro número de septiembre de 1980, pág. 8, al pie de la columna encabezada por el número 1, dice así: "El libro de Moisés es un extracto de la revisión que hizo el Profeta del capítulo 24 de Mateo". Debió decir: "El Libro de Moisés es un extracto de la revisión *inspirada de Génesis, mientras que el capítulo 1 de José Smith es la revisión* que hizo el Profeta del capítulo 24 de Mateo". Lamentamos profundamente esta grave omisión y agradecemos al hno. José Alfredo Villalta, del Barrio Chalchuapa, Estaca de Santa Ana, El Salvador, por habérnoslo hecho notar.

En la cubierta, arriba a la izquierda: En respuesta al proyecto patrocinado por la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes con motivo del Sesquicentenario, se recibieron en la cabecera de la Iglesia estandartes provenientes de todas partes del mundo. Este fue hecho por un grupo de Mujeres Jóvenes de Noruega, quienes enviaron su "Saludo desde Noruega - Año 1979".

En ambas cubiertas, abajo: Este estandarte del Sesquicentenario fue diseñado y bordado por las Mujeres Jóvenes de la región oeste de Lombardía, Italia. Las jóvenes montadas a caballo llevan los escudos de armas de la época medieval de siete ciudades de esta región: Como, Varese, Lugano, Milán Oeste, Monza, Busto Arsizio y Novara. El texto dice: "Las siervas del Señor buscan la belleza y la sabiduría dondequiera que se encuentren".

En la cubierta, arriba a la derecha: Al cumplirse en 1969 el centenario de la organización de las Mujeres Jóvenes, se entregó este tapiz hecho por las Mujeres Jóvenes de la Misión Japón–Okinawa a la hermana Florence Jacobsen, Presidenta General de las Mujeres Jóvenes.

El punto que se usó se llama "Sen Nin Bari", el punto de las mil personas. Es tradición japonesa que cuando un guerrero iba a la batalla, su propia familia, amigos y otros familiares le hicieran un "Sen Nin Bari". Mil personas que él conocía bordaban un nudo en una faja de tela, que él usaba en la cintura cuando iba a pelear; así recordaba que había mil personas que se preocupaban por su bienestar.

NOVARA
MONZA
LVCANO
Ancelle del Signore, cercano la belle